SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

(AMIDSUMMER NIGHT'S DREAM)

DRAMATIS PERSONÆ

Teseo, duque de Atenas.
Egeo, padre de Hermia.
Lisandro ..... } Enamorados de
Demetrio ..... } Hermia.
Filóstrato, director de fiestas de Teseo.
Cartabón, carpintero.
Berbiquí, ebanista.
Lanzadera, tejedor.
Flauta, remiendafuelles.
Hocico, calderero.
Hambrón, sastre.
Hipólita, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.
Hermia, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.

Elena, enamorada de Demetrio.
Oberón, rey de las hadas.
Titania, reina de las hadas.
Puck, o Robin el Buen-Chico, duende.
Chicharrillo ..... } Hadas.
Telaraña ..... } Hadas.
Polilla ..... } Hadas.
Mostaza ..... } Hadas.
Píramo ..... } Personajes del entremés.
Tisbe ..... } Personajes del entremés.
Muro ..... } Personajes del entremés.
Claro de Luna ..... } Personajes del entremés.
León ..... } Personajes del entremés.
Otras Hadas al servicio de sus reyes. Séquito de Teseo e Hipólita

Escena.—Atenas y un bosque contiguo.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Atenas.—El palacio de Teseo

Entran Teseo, Hipólita, Filóstrato *y acompañamiento.*

Teseo.—Gentil Hipólita, la hora de nuestras nupcias se acerca ya. Cuatro felices días traerán la luna nueva; pero, ¡oh cuán lenta me parece en menguar la vieja! Aniquila mis esperanzas como una madrastra (1) o una viuda que no acaba de morirse y consume las rentas del joven heredero.

Hipólita.—Cuatro días cederán presto a otras tantas noches; cuatro noches verán en seguida volar el tiempo como un sueño; y entonces la luna, semejante a un arco de plata recién tendido en el cielo, alumbrará la noche de nuestras solemnidades.

Teseo.—Ve, Filóstrato, prepara a la juventud ateniense para las diversiones; despierta el espíritu belicoso y vivaz de la alegría; relega la tristeza a los funerales; la pálida compañera no conviene a nuestros regocijos. *(Sale* Filóstrato.) Hipólita, te gané con mi espada, y

(1) *Step-dame* en el original, que vale *step-mother.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

por la violencia conquisté tu amor; pero me desposaré contigo de bien distinto modo, en medio de la pompa, el triunfo y los festines.

Entra EGEO, HERMIA, LISANDRO *y* DEMETRIO

EGEO. — ¡Felicidades a Teseo, nuestro excelso duque!

TESEO.—¡Gracias, buen Egeo! ¿Qué te trae por aquí?

EGEO.—Vengo, lleno de pesadumbre, a presentaros queja contra mi hija Hermia. Acercaos, Demetrio. Este hombre, noble señor, tiene mi consentimiento para casarse con ella. Acercaos, Lisandro; pero éste, bondadoso duque, ha hechizado el corazón de mi niña... Tú, tú, Lisandro; tú has compuesto versos para ella y cambiado presentes amorosos; a la luz de la luna has cantado al pie de su ventana con voz engañadora trovas de un amor fingido; y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, caprichos, ramilletes, bagatelas y confites, mensajeros de extremado ascendiente sobre la inexperta juventud; con astucia has extraviado el corazón de mi hija, convirtiendo la obediencia que me debe en tenaz obstinación. Por tanto, benévolo duque, si aquí, en presencia de Vuestra Gracia, mi hija no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas: como mía que es, puedo disponer de ella, la cual deberá elegir entre la mano de este caballero o la muerte inmediata, conforme a nuestras leyes establecidas para este caso.

TESEO.—¿Qué decís, Hermia? Reflexionad, hermosa doncella. Para vos, vuestro padre debe ser como un dios; el solo autor de vuestras gracias, sí, y el solo para quien sólo sois como una forma de cera por él modelada y sobre la cual tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un caballero digno.

HERMIA.—También lo es Lisandro.

TESEO.—Personalmente, sí; pero, faltándole en este particular la venia de vuestro padre, el otro debe ser el preferido.

HERMIA. — ¡Quisiera que mi padre no mirara sino con mis ojos!

TESEO.—Más bien vuestros ojos debieran mirar con su discernimiento.

HERMIA.—Suplico a Vuestra Gracia me perdone. No sé qué secreto impulso me hace atrevida ni en qué grado convenga a mi pudor el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona; pero ruego a Vuestra Gracia se digne comunicarme lo peor que en este caso podría sobrevenirme si rehuso casarme con Demetrio.

TESEO.—O perder la vida, o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Por tanto, hermosa Hermia, consultad con vuestro corazón, considerad vuestra juventud, examinad vuestras inclinaciones, con objeto de saber si, no accediendo a la elección de vuestro padre, podréis soportar el hábito de religiosa y quedar desde luego encerrada en las sombras del claustro, a vivir vuestra vida de hermana estéril, entonando desmayados himnos a la yerta y árida luna. Tres veces benditas aquellas que pueden dominar sus pasiones y sobrellevar tan casta peregrinación; pero más dichosa es en la tierra la rosa cuya esencia destilamos, que la que, marchitándose en su tallo virgen, crece, vive y muere en bendición solitaria.

HERMIA.—Así quiero crecer, así vivir y así morir, señor, antes que sacrificar mi virginidad a un hombre cuyo yugo rechaza mi alma y de quien no puedo aceptar la soberanía.

TESEO. — Pensadlo detenidamente; y por la próxima luna nueva (día en que ha de sellarse entre mi prometida y yo el vínculo de eterna compañía), preparaos a morir por desobediencia a la voluntad de vuestro padre, o, por el contrario, a casaros con Demetrio, como él desea, o jurar para siempre ante el altar de Diana austeridad y solitaria vida.

DEMETRIO.—Cedad, dulce Hermia, y re-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nuncia, Lisandro, a tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO.—Tenéis el amor de su padre, Demetrio; casaos con él y dejadme a Hermia.

EGEO. — ¡Insolente Lisandro!... Cierto que tiene mi amor, y por mi amor le doy lo que es mío. Y, pues ella es mía, transmito a Demetrio todos mis derechos sobre ella.

LISANDRO.—Señor, soy tan bien nacido como él, y mi posición es igual a la suya. En amor le aventajo; mi fortuna es, en todos sentidos, tan alta, cuando no superior, a la de Demetrio. Y lo que vale más que todas estas ostentaciones: soy el preferido de la hermosa Hermia. ¿Por qué, entonces, no he de sostener mis derechos? Demetrio (lo declaro ante su rostro) ha cortejado a Elena, la hija de Nedar, y ha conquistado su corazón; y ella, inocente señora, ama entrañablemente, ama con idolatría a este hombre inconstante y desleal.

TESEO.—Debo confesar que ha llegado a mis oídos, y pensaba hablar de ello a Demetrio; pero, preocupado con mis asuntos, se me olvidó. Acercaos, pues, Demetrio, y vos también, Egeo; acompañadme; tengo que comunicaros algunas instrucciones particulares. En cuanto a vos, hermosa Hermia, mirad de acomodar vuestro ánimo a la voluntad de vuestro padre, o, de lo contrario, preparaos a sufrir la ley de Atenas, que en modo alguno podemos atenuar, la cual os condena a muerte o al voto de vida célibe. Vamos, querida Hipólita; ¿cómo os sentís, amada mía? Demetrio, y vos, Egeo, seguidme; tengo que confiaros una misión en lo relativo a nuestras bodas y conferenciar con vosotros acerca de algo más inmediato, que os atañe personalmente.

EGEO.—Os seguimos, obedientes y gustosos. *(Salen* TESEO, HIPÓLITA, EGEO, DEMETRIO *y acompañamiento.)*

LISANDRO.—¿Qué te pasa, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo tus rosas se decoloran tan pronto?

HERMIA. — Presumo que por falta de lluvia, que podría regarlas sobradamente con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO.—¡Ay de mí! Porque jamás he podido leer, en conseja o en historia, que se haya deslizado exenta de borrascas la corriente del amor verdadero; sino que unas veces motivó el obstáculo la diferencia de linaje...

HERMIA.—¡Oh suplicio! ¡Encadenar lo encumbrado a lo humilde!

LISANDRO.—Otras, la desproporción en la edad...

HERMIA.—¡Oh desdichada! ¡Enlazarse la vejez con la juventud!

LISANDRO. — Otras, la elección de los amigos...

HERMIA.—¡Oh infierno! ¡Escoger amor con ojos extraños!

LISANDRO.—O si en la elección cabía simpatía, la guerra, la muerte, la enfermedad salen al paso, haciéndola momentánea como un eco, fugaz como una sombra, breve como un corto sueño, rápida como un relámpago en noche oscura, que bruscamente ilumina cielo y tierra; y antes que el hombre tenga tiempo de decir: «¡Mira!», las tinieblas lo absorben con sus fauces. ¡Tan pronto en las cosas resplandecientes sobreviene la disipación!

HERMIA.—Pues si los verdaderos enamorados han padecido siempre contrariedades, será por decreto del Destino. Aprendamos, pues, a sobrellevar ese inconveniente con paciencia, toda vez que es una cruz habitual, tan propia del amor con los ensimismamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO.—Prudente consejo. Por tanto, escúchame, Hermia: tengo una tía viuda, de viudedad muy opulenta, y sin hijos. Su casa dista siete leguas de Atenas, y ella me considera como si fuese su hijo único. Allí, gentil Hermia, puedo casarme contigo, y en ese lugar no podrá seguirnos la dura ley de Atenas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Si en efecto me amas, abandona mañana por la noche la casa de tu padre, y yo te aguardaré en el bosque, a una legua de la ciudad, en el punto mismo donde te hallé una vez con Elena cuando ibais a celebrar los ritos de la aurora de mayo. Allí te esperaré.

HERMIA.—¡Mi amado Lisandro! Te juro, por el arco más potente de Cupido, por su mejor flecha de punta dorada, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago cuando vió al perjuro troyano huyendo a velas desplegadas; por todos los juramentos violados por los hombres (que alcanzan mayor guarismo que todas las promesas de mujeres), que mañana, sin falta, me uniré contigo en el sitio que me has indicado.

LISANDRO.—¡Cumple tu promesa, amada mía! Mira: aquí viene Elena.

Entra ELENA

HERMIA.—¡Dios guarde a la hermosa Elena! ¿Adónde te encaminas?

ELENA.—¿Hermosa me llamáis? No volváis a decir eso de hermosa. ¡Demetrio es quien, al amaros, ama a la hermosura! ¡Oh feliz hermosura! ¡Vuestros ojos son estrellas polares, y el trino de vuestras voces ofrece más dulzura que el canto de la alondra al oído del pastor, cuando se hallan los trigos en cierne y asoman los capullos del espino! Las enfermedades son contagiosas. ¡Oh! Si lo fueran las gracias, se me pegarían las vuestras, hermosa Hermia, antes de partir. Mi oído adquirirá vuestra voz; mis ojos, vuestros ojos; mi lengua, la suave melodía de la vuestra. Fuera mío el mundo, y, Demetrio exceptuado, daría todo lo demás por cambiarme con vos. ¡Oh, enseñadme cómo hechizáis y con qué artes dirigís los impulsos del corazón de Demetrio!

HERMIA.—Le miro ceñuda, y aun así me ama.

ELENA.—¡Oh, si pudieran aprender mis sonrisas la magia de vuestro ceño!

HERMIA.—Le echo maldiciones, y, no obstante, me adora.

ELENA.—¡Oh, si pudieran mis súplicas obtener semejante cariño!

HERMIA.—Cuanto más le odio, más me persigue.

ELENA.—Cuanto más le amo, más me aborrece.

HERMIA.—Su pasión insensata no es culpa mía. Elena.

ELENA.—No; pero lo es de vuestra hermosura. ¡Ojalá fuera mía esa falta!

HERMIA.—Consolaos: no volverá a ver mi rostro. Lisandro y yo vamos a abandonar estos lugares. Antes de conocer a Lisandro, me parecía Atenas un paraíso. ¡Oh, cuánta felicidad residirá en mi amor, que ha convertido un cielo en un infierno!

LISANDRO.—Elena, os revelamos nuestros propósitos. Mañana, a la noche, cuando Febo contemple su rostro argentino en el cristal de las ondas y engalane con líquidas perlas las hojas del césped (hora siempre propicia a la fuga de los amantes), hemos resuelto transponer furtivamente las puertas de Atenas.

HERMIA.—Y allá, en el bosque, donde muchas veces vos y yo, reclinadas sobre humildes lechos de primaveras, hemos exhalado las dulces cuitas de nuestros corazones, nos reuniremos mi Lisandro y yo; apartando de allí la vista de Atenas, buscaremos nuevos amigos y compañías extrañas. ¡Adiós, dulce compañera de mis juegos! ¡Rogad por nosotros, y que te depare la buena suerte a tu Demetrio! ¡Cumple tu promesa, Lisandro! Hasta mañana a la medianoche hemos de privar a nuestros ojos del alimento de los amantes. *(Sale* HERMIA.)

LISANDRO.—Así ha de ser, Hermia adorada. ¡Adiós, Elena! Que os ame Demetrio tan apasionadamente como vos a él. *(Sale.)*

ELENA.—¡Cuánto más felices logran ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por su igual en su hermosura,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

pero ¿de qué me sirve? Demetrio no lo cree así. Se niega a reconocer lo que todos, menos él, reconocen. Y así como él se engaña, fascinado por los ojos de Hermia, así yo me ciego, enamorada de sus cualidades. El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas, excelsas. El amor no ve con los ojos, sino con el alma, y por eso pintan ciego al alado Cupido. Ni en la mente de Amor se ha registrado señal aguna de discernimiento. Alas sin ojos son emblema de imprudente premura, y a causa de ello se dice que el amor es un niño, porque en la elección yerra frecuentemente. Así como se ve a los niños traviesos infringir en los juegos sus juramentos, así el rapaz Amor es perjuro en todas partes. Porque antes de ver Demetrio los ojos de Hermia, me granizó de juramentos, asegurándome que era sólo mío; y cuando esta granizada sintió el calor de su presencia, se disolvió, derritiéndose el chaparrón de votos. Voy a revelarle la fuga de la hermosa Hermia; no dejará de perseguirla mañana por la noche en el bosque; y por este aviso, con sólo que me dé las gracias, habré recibido un alto precio. Pero bastará a mitigar mi pena el poder allá mirarle y retornar. *(Sale.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Aposento en casa de Cartabón

Entran CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO *y* HAMBRÓN

CARTABÓN.—¿Está aquí toda la compañía?

LANZADERA.—Sería mejor ir nombrando uno a uno con arreglo a la lista.

CARTABÓN.—He aquí la nota con el nombre de todos los que en Atenas se consideran aptos para trabajar en el entremés que ha de representarse ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

LANZADERA.—Primeramente, querido Pedro Cartabón, decid de qué trata la obra; leed luego el nombre de los actores, y así nos entenderemos.

CARTABÓN.—Pues bien: representamos «La muy dolorosa comedia y crudelísima muerte de Píramo y Tisbe.»

LANZADERA.—Excelente pieza, os aseguro, y muy divertida. Ahora, querido Pedro Cartabón, llamad a los actores por orden de lista. ¡Señores, alineaos!

CARTABÓN.—Responded a medida que os llame. ¡Colás Lanzadera, el tejedor!

LANZADERA.—Listo. Decid qué parte me corresponde, y continuad.

CARTABÓN.—A vos, Colás Lanzadera, os ha tocado hacer de Píramo.

LANZADERA.—¿Qué es Píramo, un amante o un tirano?

CARTABÓN.—Un amante, que se mata muy galantemente por amores.

LANZADERA.—Eso requiere ciertas lágrimas para su verdadera ejecución. Si corre a mi cargo, cuide el auditorio de sus ojos. Provocaré tormentas y me condoleré en la justa medida. Venga el resto. No obstante, mi fuerte es el tirano. Representaría a Hércules de un modo formidable, o cualquier papel de rompe y rasga en que hiciera todo trizas.

> Rechinan las duras rocas,
> y, retemblando inseguras
> romperán las cerraduras
> de la lóbrega prisión.
>
> Y la carroza solar,
> que lejos ha de brillar,
> hará a los hados dañar,
> trayendo la destrucción.

¡Esto es grandioso! Ahora seguid nombrando al resto de los actores. ¡He aquí el estilo de Hércules, el estilo de tirano! ¡Un amante es más sentimental!

CARTABÓN.—¡Francisco Flauta, el remiendafuelles!

FLAUTA.—¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN.—Vos tenéis que cargar con Tisbe.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

FLAUTA.—¿Qué es Tisbe? ¿Un caballero andante?

CARTABÓN.—Es la señora a quien debe amar Píramo.

FLAUTA.—No, a fe mía, no me deis papeles de mujer. Me está saliendo la barba.

CARTABÓN.—Eso no importa. Representaréis con careta y podréis fingir la voz cuanto queráis.

LANZADERA.—Si es cosa de ocultar el rostro, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Musitaré con una vocecita afeminada: «¡Tisne, Tisne! ¡Ah Píramo, amor mío! ¡Tu querida Tisbe! ¡Tu amorosa dama!»

CARTABÓN.—No, no; vos tenéis que representar a Píramo, y vos, Flauta, a Tisbe.

LANZADERA.—Bueno, continuad.

CARTABÓN.—¡Ruperto Hambrón, el sastre!

HAMBRÓN.—¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN.—Ruperto Hambrón, vos debéis representar a la madre de Tisbe. ¡Tomás Hocico, el calderero!

HOCICO.—¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN.—Vos, el padre de Píramo; yo, el padre de Tisbe. Berbiquí, el ebanista: vos llevaréis la parte del León; y con esto creo que estará bien distribuida la comedia.

BERBIQUÍ.—¿Tenéis escrita la parte del León? Os ruego que me la deis, si la tenéis, porque aprendo despacio.

CARTABÓN.—Podéis improvisar, pues no hay que hacer más que rugir.

LANZADERA.—¡Dejadme que yo también represente al León! Rugiré de modo que dará gusto oírme. Rugiré de manera que haré decir al duque: «¡Que ruja otra vez! ¡Que ruja otra vez!»

CARTABÓN.—Lo harías con demasiada ferocidad; se espantarían la duquesa y las damas hasta el punto de dar gritos, y eso sería lo bastante para que nos ahorcaran a todos.

TODOS.—¡No quedaría hijo de madre sin ahorcar!

LANZADERA.—Os concedo, amigos, que si asustásemos a las damas hasta ponerlas fuera de sí, no hallarían cosa más discreta que el ahorcarnos; pero yo apagaré mi voz de manera que os ruja como tierna palomilla. Os rugiré como si fuese un ruiseñor.

CARTABÓN.—No podéis representar más papel que el de Píramo; porque Píramo es un hombre simpático, un hombre tan apuesto como el que más en día de verano, un hombre en extremo amable y caballeroso. Por consiguiente, es necesario que vos representéis a Píramo.

LANZADERA.—Bueno, pues me encargaré de él. ¿Qué barba será la mejor para representarlo?

CARTABÓN.—¡Bah! La que queráis.

LANZADERA.—Llenaré mi cometido con vuestra barba color de paja, con la de color naranja subido, con la de color de púrpura intenso o con la de color de la corona de Francia: enteramente amarilla.

CARTABÓN.—Algunas de vuestras coronas francesas no tienen pelo alguno, y tendríais que representar calvo. Ahora, señores, he aquí vuestros papeles; y os suplico, encarezco y recomiendo que los tengáis aprendidos para mañana por la noche y vayáis a buscarme, a la luz de la luna, al bosque de Palacio, a una milla del pueblo. Allí ensayaremos, pues si nos reuniéramos en la ciudad nos acosaría la gente y conocería nuestro argumento. Mientras, haré una lista de los adminículos necesarios para la representación. ¡No me faltéis, os ruego!

LANZADERA.—Allí nos reuniremos y podremos ensayar con más holgura y atrevimiento. Tomaos esas molestias; hacedlo bien. Adiós.

CARTABÓN.—La cita es en la encina del duque.

LANZADERA.—Basta; herrar o quitar el banco. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Un bosque cerca de Atenas

Entran, por distintos lados, un HADA *y* PUCK

PUCK.—¡Hola, espíritu! ¿Por dónde vagas?

HADA.—Sobre el llano y la colina, entre arbustos y rosas silvestres, sobre el parque y el cercado, por entre el agua y el fuego; por todas partes vago más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para empapar de rocío sobre el césped los círculos que dejan sus bailes. Las altas velloritas son sus pasionarias. Veréis manchas en sus mantos de oro: son los rubíes, ofrendas de hadas; en sus motas rojizas residen sus perfumes. Allí debo buscar algunas gotas de rocío y prender una perla en la oreja de cada prímula. ¡Adiós, tú, el más grave de los espíritus! Tengo que partir. Nuestra reina y todo su séquito vendrán en seguida.

PUCK.—El rey celebra aquí sus fiestas esta noche. Cuida de que la reina no se presente ante su vista, pues Oberón está muy enfurecido contra ella porque lleva de paje a un hermoso doncel, robado a un monarca de la India. Jamás había poseído ella un objeto sustraído tan encantador; y el celoso Oberón querría hacer al muchacho caballero de su séquito, para recorrer los bosques inaccesibles; pero ella retiene por la fuerza al amado mozalbete, lo corona de flores y cifra toda su alegría en él. Y por eso ahora nunca se encuentran en gruta, pradera, clara fuente o a la brillante e indecisa luz de las estrellas, sin que se querellen de modo que todos sus duendes, llenos de miedo, se deslizan dentro de la corteza de las bellotas y se esconden allí.

HADA.—O me engaña en absoluto vuestro exterior, o sois ese duende maligno y despabilado que llaman Robín el Buen Chico. ¿No sois aquel que asusta a las mozas aldeanas, espuma la leche, enreda en el molino de mano y, haciendo inútiles todos los esfuerzos del ama de la casa, impide que la manteca se cuaje, y otras veces que fermente la cerveza? ¿No extraviáis a los que viajan de noche y os reís de su mal? A los que os llaman Aparición y dulce Puck les adelantáis el trabajo y les dais buena ventura. ¿No sois vos ése?

PUCK.—Hablaste, hada, con acierto. Soy ese alegre rondador nocturno. Yo divierto a Oberón y le hago sonreír cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una comadre, en forma de pero cocido, y, cuando va a beber, choco contra sus labios y hago derramarse la cerveza sobre su marchita papada. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarse con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgatorio, ella da de bruces y grita: «¡Sastre!», y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia, apretándose los costados, ríe y estornuda, y jura que nunca ha pasado allí una hora más alegre, pero ¡deja sitio, hada, que viene aquí Oberón!

HADA.—Y también mi señora. ¡Ojalá él se marchara!

Entran, por un lado OBERÓN, *con su séquito, y por el otro,* TITANIA, *con el suyo*

OBERÓN.—Mal encuentro, por la luz de la luna, orgullosa Titania.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TITANIA.—¡Cómo! ¡El celoso Oberón! Hadas, saltemos de aquí; he renegado de su lecho y compañía.

OBERÓN.—¡Detente, jactanciosa coqueta! ¿No soy tu señor?

TITANIA.—Entonces debo ser tu señora. Pero sé cuántas veces has abandonado el país de las hadas y, bajo la figura de Corino, has permanecido todo el día tocando la zampoña y entonando amantes versos a la amorosa Fílida. ¿Por qué viene aquí desde las más remotas estepas de la India? Sólo porque, de seguro, la intrépida Amazona, tu dueña en calzas, tu guerrera amante, está próxima a unirse con Teseo, y vienes a colmar su tálamo de goce y de felicidad.

OBERÓN.—¿Cómo puedes tener la insolencia, Titania, de echarme así en cara mi valimiento con Hipólita, conociendo, como conozco, tu amor por Teseo? ¿No fuiste tú quien, al resplandor incierto de la noche, le arrancó de entre los brazos de Perigona, a la que había raptado, y quien le hizo romper sus votos con la hermosa Egle, con Ariadna y Antíope?

TITANIA.—¡Esas son invenciones de los celos! Que nunca, desde los albores de este solsticio de verano, nos vemos en montaña o valle, en bosque o en pradera, junto a la abrupta fuente, en la juncosa margen del arroyo o al borde de la costa marina para danzar nuestros corros al silbido del viento, sin que vengas a turbar nuestros juegos con tus alborotos. Por eso, los aires, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como en venganza, las nieblas contagiosas del mar, las cuales, cayendo sobre los campos, han llenado de tanta soberbia a los más humildes ríos, que han rebasado sus riberas. El buey ha jadeado por ellos inútilmente bajo su yugo; el labriego, perdido su sudor, y el verde grano se ha podrido antes de lograr el tierno tallo de su barba. El redil permanece vacío en el campo anegado, y los cuervos se ceban en los rebaños enfermos. La morisca de los nueve se halla cubierta de fango, y por falta de pisadas es imposible distinguir en la lujuriante pradera el singular laberinto. Los mortales reclaman aquí su invierno. Ya no se santifican las noches con cánticos ni villancicos. Por eso, la luna, soberana de las ondas, pálida en su furor, humedece tanto los aires, que abundan las enfermedades reumáticas; y, a favor de tan mala temperatura, vemos alteradas las estaciones. La cana escarcha cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y sobre la corona de hielo el yerto y vetusto Invierno se pone, como por burla, una guirnalda de olorosos capullos. La Primavera, el Verano, el fértil Otoño, el crudo Invierno, cambian sus acostumbradas libreas; y el mundo, asombrado de esta producción, no distingue tal de cual. Y la progenie misma de estos males proviene de nuestras querellas y disensiones. Nosotros somos sus padres y engendradores.

OBERÓN.—Pues ponles tú remedio; de ti depende. ¿Por qué ha de empeñarse Titania en contrariar a su Oberón? Sólo te pido un cautivo y diminuto mozalbete para hacerlo mi paje de honor.

TITANIA.—Deja tu pecho en reposo. El país de las hadas sería suficiente para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden; y, durante la noche, en el aire aromático de la India, hemos comadreado juntas muchas veces; y sentada a mi lado, en las amarillas arenas de Neptuno, se complacía en señalar sobre las ondas los traficantes veleros. Mientras nos reíamos al ver hincharse las velas y engrosar como si hubieran concebido al soplo del lascivo viento, ella (cuyo vientre atesoraba a la sazón a mi joven escudero) procuraba imitarlas con donaire y gentil ondulación. Y, flotando sobre la tierra, me traía bagatelas, y tornaba otra vez, como de vuelta de un viaje, con rico cargamento. Pero, mortal al fin, al dar a luz al niño sucumbió; y yo, en memoria suya, educo al muchacho y, en memoria de ella, no me separaré de él.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

OBERÓN.—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en este bosque?

TITANIA.—Quizá hasta después de las bodas de Teseo. Si queréis bailar pacíficamente en nuestro corro y presenciar, a la luz de la luna, nuestras zambras, venid con nosotros; si no, dejadme, que yo evitaré vuestras rondas.

OBERÓN.—Dame ese niño, y partiré contigo.

TITANIA.—¡Ni por todo tu reino encantado! ¡Alejémonos, hadas! Si me quedo más tiempo, vamos a reñir de veras. *(Sale* TITANIA *con su séquito.)*

OBERÓN.—Bien; sigue tu camino. No saldrás de este bosque sin que te castigue por la ofensa. Ven acá, gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y oí a una sirena, sobre el dorso de un delfín, entonar un aire tan armonioso y dulce que el turbulento océano se apaciguó a su canto y determinadas estrellas se apartaron bruscamente de sus órbitas para escuchar la música de la virgen de los mares?

PUCK.—Me acuerdo.

OBERÓN.—En aquel mismo instante vi, sólo que tú no pudiste, que Cupido, completamente armado, volaba entre la fría luna y la tierra. Apuntó a cierta hermosa vestal, entronizada al Occidente, y desató tan aguda su flecha amorosa de su arco, como si hubiera querido atravesar cien mil corazones; pero pude advertir que la saeta furiosa del joven Cupido se extinguía en los húmedos rayos de la casta luna, y pasó la imperial sacerdotisa en virginal meditación, libre y absorta. No obstante, observé dónde cayó el dardo de Cupido: sobre una florecilla occidental, blanca ayer como la leche, ahora purpúrea con la amorosa herida, y a la que llaman las doncellas Pensamiento (1). Tráeme esa flor; yo te mostraré una vez la planta. Su jugo, exprimido en los dormidos párpados, basta para que una persona, hombre o mujer, se enamore perdidamente de la primera criatura viviente que vea. Tráeme esa planta y vuelve aquí antes que el leviatán nade una legua.

PUCK.—Puedo poner un cinturón a la Tierra en cuarenta minutos. *(Sale.)*

OBERÓN.—Una vez en posesión de este jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida, y verteré el licor sobre sus ojos. Entonces, el primer objeto que se ofrezca a su vista, ya sea un león, un oso, un lobo o un buey, un mico travieso o un atareado mono, lo perseguirá con el alma enamorada, y antes que yo libre sus ojos del encanto, como puedo hacerlo con otra hierba, la obligaré a que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

Entra DEMETRIO, *siguiéndole* ELENA

DEMETRIO.—No te quiero; por tanto, no me sigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno; la otra me mata a mí. Me has dicho que se habían refugiado en este bosque, y aquí estoy, tronco entre troncos, porque no puedo hallar a mi Hermia. ¡Vaya, márchate, y no me sigas más!

ELENA.—Vos me atraéis, imán de corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es fiel como el acero. Dejad vuestro poder de atracción, y no tendré poder para seguiros.

DEMETRIO.—¿Os pretendo yo? ¿Os llamo hermosa? O, por el contrario, ¿no os digo claramente que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.—Pues hasta por eso os amo más. Soy vuestro lebrel, y cuanto más me peguéis, Demetrio, más os acariciaré. Tratadme como a vuestro lebrel: rechazadme, golpeadme, olvidadme, perdedme; pero, por indigna que sea, permitidme siquiera que os siga. ¿Qué sitio más humilde puedo implorar en vuestro amor, y sin embargo, lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratáis a vuestro perro?

(1) *Love-in-idleness* en el texto; es decir, *heartsease*, viola tricolor, el pensamiento, la trinitaria.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

DEMETRIO.— ¡No exasperes demasiado el odio de mi alma, pues me pongo enfermo cuando te miro!

ELENA.—¡Y yo estoy enferma de no miraros!

DEMETRIO.—Aventuráis demasiado vuestro pudor al abandonar la ciudad y entregaros a merced de quien no os ama, exponiéndoos a la oportunidad de la noche y a la mala inspiración de un lugar solitario con el rico tesoro de vuestra virginidad.

ELENA.—Vuestra honradez es mi escudo; porque para mí no es de noche cuando contemplo vuestro rostro, y, por tanto, no pienso que estoy en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí sois el mundo entero. ¿Cómo, entonces, puede decirse que estoy sola, cuando todo el mundo está aquí para mirarme?

DEMETRIO.—Huiré de ti y me ocultaré en las matas, dejándote al arbitrio de las fieras.

ELENA.—La más cruel no tiene un corazón como el vuestro. Huid cuando gustéis; se cambiará la leyenda: Apolo huye y Dafne le da caza; la paloma persigue al gavilán; la mansa cierva se apresura a cazar al tigre. ¡Inútil prisa cuando la cobardía persigue y el valor huye!

DEMETRIO.—No quiero discusiones contigo; déjame ir; o, si me sigues, ten por seguro que te ofenderé en el bosque.

ELENA.—Sí; en el templo, en el campo y en la ciudad me ofendéis. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Vuestras afrentas son un oprobio a mi sexo. Nosotras no disponemos de iguales armas que los hombres cuando luchamos por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas. *(Sale* DEMETRIO.) Te seguiré y, haciendo un cielo de un infierno, moriré a manos de quien amo tanto. *(Sale.)*

OBERÓN.—Adiós, ninfa; antes que salgas de esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor.

Vuelve a entrar PUCK

¿Traes ahí la flor? ¡Bien venido, espíritu errante!

PUCK.—Sí, aquí está.

OBERÓN.—Dámela, te suplico. Sé de un lindero donde crece el tomillo silvestre, donde se balancean las violetas y las primuláceas, doselado completamente por olorosas madreselvas, por fragantes rosas de almizcle y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, reclinada al arrullo de estas flores, entre danzas y regocijos, y allí se despoja la serpiente de su piel de esmalte, de medida suficiente para envolver a un hada. Y con el jugo de esta flor restregaré sus ojos y quedará llena de repugnantes fantasías. Coge tú un poco e inquiere en la espesura. Una bella dama ateniense está enamorada de un desdeñoso joven; unta sus ojos; pero hazlo de modo que sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense que lleva. Realízalo con el oportuno cuidado, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella que ella lo está de él. Y procura encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.—Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito lo hará así. *(Sale.)*

ESCENA II

Otra parte del bosque

Entra TITANIA, *con su séquito*

TITANIA.—Vamos: ahora una redondela y un canto hechiceresco; después, alejaos durante el tercio de un minuto; unas a matar los gusanos de los olorosos capullos de las rosas; otras, a guerrear con los murciélagos, a fin de conseguir sus alas de cuero para hacer con ellas capisayos a mis pequeños duendes, y otras, a mantener alejado al clamoro-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

so buho, que lanza sus gritos en la noche y sobrecoge a nuestros vaporosos espíritus. Cantadme mientras me duermo; después, a vuestros oficios, y dejadme reposar.

LAS HADAS CANTAN

I

Manchadas sierpes de doble lengua,
espinosos erizos, no os dejéis ver;
orvetos y lagartijas, no ofendáis;
no os acerquéis a la reina de las hadas.

*

Ruiseñor, con suave acento,
canta nuestro dulce lullaby.
Lulla, lulla, lullaby, lulla, lulla, lullaby.
Ningún perjuicio,
encanto o maleficio
a nuestra amada dueña se aproximará;
así, pues, buenas noches con lullaby.

II

Tejedoras arañas, no vengáis aquí.
¡Fuera vuestras largas patas, fuera!
Escarabajos negros, no permanezcáis cerca;
gusanos y caracoles, no dañéis.

*

Ruiseñor, con suave acento, etc.

HADA.—¡Huyamos lejos! Ya está todo bien. Sólo una quedará a distancia, de centinela. *(Salen las Hadas.* TITANIA *se queda dormida.)*

Entra OBERÓN *y estrega la flor sobre los párpados de* TITANIA

OBERÓN.—Lo que mires cuando despiertes, eso tendrás por verdadero amor. Ama y languidece por ello. Ya sea onza, gato, oso, leopardo o jabalí de cerdas erizadas, ha de aparecer a tus ojos, cuando despiertes, como amante tuyo. Despierta cuando algo vil se aproxime. *(Sale.)*

Entran LISANDRO *y* HERMIA

LISANDRO.—Amada, estáis a punto de desmayaros a fuerza de vagar por el bosque; y, a decir verdad, he perdido la senda. Si os parece bien, Hermia, descansaremos, aguardando la bienhechora luz del día.

HERMIA.—Sea, Lisandro; buscad un lecho para vos, que yo reclinaré mi cabeza sobre esta linde.

LISANDRO.—Un mismo césped servirá a los dos de almohada. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA.—No, buen Lisandro; por favor, por afecto, acomodaos a más distancia; no reposéis tan cerca.

LISANDRO.—¡Oh! Comprended, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. Las pláticas de amor deben interpretarse amorosamente. Quiero decir que mi corazón está enlazado al vuestro de manera que ambos no forman sino uno: dos pechos unidos por un mismo juramento; que es tanto como decir dos almas en una simple fe. Luego no me neguéis lecho a vuestro lado, Hermia, pues no ofenderé vuestro lecho con el hecho.

HERMIA.—Lisandro juega el vocablo ingeniosamente. Hermia hubiera ofendido su educación y orgullo de haber pensado mal de Lisandro. Pero, querido amigo, por cariño y cortesía, reposad un poco más lejos. El pudor exige esta separación, que tan bien cuadra a un honrado soltero y a una doncella. Por tanto, alejaos, y buenas noches, dulce amigo. ¡Que tu amor no se entibie hasta el fin de tu preciada vida!

LISANDRO.—Amén, amén, contesto a esa bella oración. Y que acabe, por tanto, mi vida donde concluye mi lealtad. *(Se retira a poca distancia.)* Hé aquí mi lecho. El sueño te brinde su completo reposo.

HERMIA.—Que tome la mitad de ese deseo para con él cerrar los ojos del que me lo dirige. *(Duermen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra PUCK

PUCK.—He recorrido la selva, pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar la eficacia de esta flor para suscitar una pasión amorosa. ¡Noche y silencio!... ¿Quién hay aquí? Lleva traje de Atenas. Este es el que, según dijo mi señor, desdeña a la virgen ateniense. Y he aquí a la doncella, profundamente dormida en la fangosa y húmeda tierra. ¡Alma encantadora! No se ha atrevido a reposar junto al desalmado y descortés caballero. *(Estrega la flor sobre los párpados de* LISANDRO.) Grosero, en tus ojos exprimo todo el poder de este encanto; cuando despiertes, que el amor prohiba al sueño sentarse sobre tus párpados. Despierta así que me haya ido, pues ahora debo marchar en busca de Oberón. *(Sale.)*

Entran DEMETRIO *y* ELENA *corriendo*

ELENA.—¡Detente, aunque me mates, querido Demetrio!

DEMETRIO.—Te ruego que te quedes y no me importunes así.

ELENA.—¡Oh! ¿Quieres abandonarme en medio de las tinieblas? No lo hagas.

DEMETRIO.—¡Detente, en bien tuyo! Quiero ir solo. *(Sale* DEMETRIO.)

ELENA.—¡Oh! Estoy sin aliento bajo esta caza amorosa. Cuanto más ardiente es mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, dondequiera que esté, porque posee benditos y seductores ojos. ¿Qué es lo que los hace tan brillantes? No las acerbas lágrimas. De ser así, más lo estarían los míos, que se bañan más frecuentemente que los suyos. No, no; yo soy tan fea como un oso, pues las fieras que me encuentran huyen atemorizadas. Por consiguiente, no es extraño que Demetrio huya de mi presencia como de la de un monstruo. ¿Qué pérfido espejo engañador puede hacer que me compare con las refulgentes esferas de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? ¡Lisandro! ¡Y en tierra! ¿Muerto, o dormido? No veo sangre ni herida. ¡Lisandro, buen caballero, si vivís, despertad!

LISANDRO.—*(Despertando.)* ¡Y me arrojaré al fuego por tu dulce amor! ¡Diáfana Elena! La Naturaleza ha desplegado en ti sus perfecciones, pues a través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿Dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Qué bien hacer que sucumba ese vil hombre al filo de mi espada!

ELENA.—No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a vuestra Hermia? ¡Señor! ¿Qué importa, mientras Hermia os ame a vos? Debéis estar contento.

LISANDRO.—¡Contento con Hermia! No; me arrepiento de los fastidiosos minutos que he pasado con ella. A Hermia, no, sino a Elena es a quien adoro. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre se gobierna por la razón, y la razón me dice que tú eres la más digna doncella. Las cosas no maduran hasta su estación; así, yo, que era joven, hasta ahora no he tenido madura la razón. Desde ahora, que toco el punto culminante de la excelencia humana, someto a la razón mi voluntad, que me guía hacia tus ojos donde leo amorosas leyendas escritas en el más rico libro de amor.

ELENA.—¿Y he podido nacer para sufrir esta cruel burla? ¿Cuándo he merecido de vos tales ironías? ¿No es bastante, joven, no es bastante que no haya obtenido jamás, no, ni pueda obtener de los ojos de Demetrio una benévola mirada, sino que, por ende, habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad, me hacéis agravio, a fe que me lo hacéis, al cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós en buen hora. Confieso que os creí un caballero dotado de más franca gentileza. ¡Oh! ¡Que una mujer rechazada por un hombre haya de ser insultada por otro! *(Sale.)*

LISANDRO.—No vea a Hermia. Duerme tú ahí, Hermia, y nunca te acerques a Lisandro. Pues así como el exceso de golosinas causa al estómago la más inven-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cible repugnancia, y así como las herejías que los hombres abjuran por nadie son tan odiadas como por aquellos a quienes tanto engañaron, así tú, exceso y herejía mía, sé odiada por todos; pero más que de ninguno, de mí. Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena y ser su caballero. *(Sale.)*

HERMIA. — *(Despertando.)* ¡Auxíliame, Lisandro, auxíliame! ¡Haz cuanto puedas por arrancar esta serpiente que se desliza sobre mi seno! ¡Ay de mí! ¡Por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mirad, Lisandro cómo tiemblo de espanto! Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que vos sonreíais, sentado, complaciéndoos en su cruel presa!... ¡Lisandro!... ¡Cómo! ¿Desaparecido?... ¡Lisandro!... ¡Dios mío!... ¡Cómo!... ¿Fuera del alcance de la voz? ¿Se ha marchado?... ¿Ni un rumor? ¿Ni una palabra?... ¡Ay! ¡Hablad, si me escucháis! ¡Hablad, amor de los amores! ¡Casi me desvanezco de terror! ¡No! Luego bien comprendo que no estáis cerca. La muerte en seguida, o que os halle inmediatamente. *(Sale.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Un bosque

TITANIA *reposa, dormida. Entran* CARTABÓN, BERBIQUÍ, LANZADERA, FLAUTA, HOCICO *y* HAMBRÓN

LANZADERA.—¿Estamos todos?

CARTABÓN.—Justo, justo; y he aquí un lugar maravillosamente a propósito para nuestro ensayo. Este césped nos servirá de escena; estas ramas de espino, de bastidores, y accionaremos como si estuviéramos en presencia del duque.

LANZADERA.—Pedro Cartabón...

CARTABÓN.—¿Qué quieres, bravo Lanzadera?

LANZADERA.—Hay cosas en esta comedia de Píramo y Tisbe que no agradarán nunca. En primer lugar, Píramo ha de esgrimir la espada para matarse, lo cual no podrán soportar las damas. ¿Qué me respondéis?

FLAUTA.—¡Por vida de...! Justísimo temor.

HAMBRÓN.—Pienso que, bien considerado, conviene dejar fuera la matanza.

LANZADERA.—Nada de eso; tengo un recurso para arreglarlo todo. Escribidme un prólogo, y que ese prólogo dé a entender que no haremos daño a nadie con nuestras espadas y que Píramo sólo se mata en broma. Para mayor seguridad, decidles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino el tejedor Lanzadera. Esto acallará su miedo.

CARTABÓN.—Pues bien: tendremos un prólogo de esa especie, y se escribirá en verso de ocho y de seis sílabas.

LANZADERA.—No; poned dos más: que se escriba en versos de ocho y ocho.

FLAUTA.—Y el león, ¿no espantará a las señoras?

HAMBRÓN.—Mucho lo temo, a fe mía.

LANZADERA. — Señores, reflexionadlo bien: llevar (¡Dios nos libre!) un león donde hay señoras, es cosa tremenda; porque no hay ave silvestre más feroz que el león vivo; y es menester que lo tengamos en cuenta.

FLAUTA.—Por tanto, hay que advertir con otro prólogo que el león no es león.

LANZADERA. — No basta. Será preciso que el actor encargado de este papel diga su nombre y que se las arregle de manera que a través del cuello del león deje ver la mitad de su cara y diga esto o cosa parecida: «Señoras, o hermosas

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

señoras: os pido, o bien, os ruego, o mejor os suplico que no tengáis miedo, que no tembléis; os respondo de vuestra vida con la mía. Si creéis que es un león el que tenéis delante, poco valdrá mi existencia. No, no hay nada de eso: soy un hombre tal y como los otros.» Y, entonces, que diga su nombre y les haga saber con toda franqueza que es Berbiquí, el ebanista.

CARTABÓN.—Bien; se hará así. Pero todavía quedan dos dificultades graves: la primera es introducir en un aposento la luz de la luna, porque ya sabéis que Píramo y Tisbe se encuentran al claro de la luna.

BERBIQUÍ.—¿Brillará la luna la noche en que hayamos de representar la pieza?

LANZADERA.—¡Un almanaque, un almanaque! Mirad el almanaque; ved si habrá luna; ved si habrá luna.

CARTABÓN.—Sí, la luna brillará esa noche.

LANZADERA.—Entonces, será menester dejar abierta una ventana del gran salón en que representemos, y la luna brillará a través del postigo.

CARTABÓN.—Sí; o si no, que uno se presente con un manojo de zarzas y una linterna y diga que sale para figurar o representar el personaje de Claro de Luna. Y aún queda otra dificultad: hemos menester una pared en medio del salón, porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, se hablaban a través de las grietas de un muro.

BERBIQUÍ.—Nunca podréis empujar un muro hasta el centro del escenario. ¿Qué decís vos, Lanzadera?

LANZADERA.—Fuerza será que alguien represente el Muro. Basta que tenga encima algunos emplastos de yeso, argamasa, arcilla o cal para figurar una pared, y que ponga los dedos abiertos así, para que, a través de los intersticios, Píramo y Tisbe se hablen en voz baja.

CARTABÓN.—Si puede hacerse de tal modo, todo irá bien. Vamos, siéntese cada hijo de su madre, y a ensayar vuestros papeles. Comenzad vos, Píramo. Cuando hayáis terminado lo que habéis de decir, entrad en esta espesura; y así sucesivamente cada cual según su apunte.

Entra PUCK *por el foro*

PUCK.—¿Qué rústicos patanes son esos que están charlando a dos pasos del sitio en que reposa la reina de las hadas? ¡Cómo! ¿Van a representar una comedia? Pues asistiré como espectador, y aun haré de actor, si se presenta el caso.

CARTABÓN.—Hablad, Píramo. Tisbe, acercaos.

PÍRAMO.

Tisbe, la dulce flor es dolorosa

CARTABÓN.—Olorosa, olorosa.

PÍRAMO.

... la dulce flor es olorosa.
Así es tu aliento, mi bien idolatrado.
Pero calla, ¡una voz! Espera, hermosa.
Al instante retorno aquí, a tu lado.

(Sale.)

PUCK.—Nunca vieron estos lugares un Píramo más extraño. *(Sale.)*

TISBE.—¿Me toca a mí hablar ahora?

CARTABÓN.—En efecto, pues Píramo no ha ido más que a saber la causa del ruido que ha escuchado y va a volver.

TISBE.

Radiantísimo Píramo, de tinte
aun más blanco que el lirio, y de color
como la rosa carmesí en su tallo,
activo y juvenil, joya adorable,
tan servicial y fiel como el caballo
que sigue su carrera infatigable.
Junto a ti me uniré en la tumba, Nini.

CARTABÓN.—Tumba de Nino, hombre. Pero todavía no habéis llegado ahí. Este último verso forma parte de una respuesta que dais más adelante a Píramo. Decís el papel de carretilla, sin aguardar la réplica. Salid, Píramo; vuestra

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

interlocutora ha quedado en estas palabras: «Su carrera infatigable.»

Vuelven a entrar PUCK *y* LANZADERA, *éste con una cabeza de asno*

TISBE.—¡Oh!

... tan servicial y fiel como el caballo
que sigue su carrera infatigable.

PÍRAMO.

Para ti solamente fuera, Tisbe,
si fuera hermoso...

CARTABÓN.—¡Oh monstruosidad! ¡Oh prodigio! Estamos encantados. ¡Por favor, amigos! ¡Huyamos, señores! ¡Socorro! *(Salen los Clowns.)*

PUCK.—Voy a acompañaros. A través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos, os perseguiré sin cesar. Ora en forma de caballo, ora de sabueso, de cerdo, de oso sin cabeza, o bien de fuego fatuo, me veréis más veloz que todos vosotros correr, y me oiréis a vuestros alcances, rugiendo, ladrando, gruñendo, echando chispas y relichando mejor, por cierto, que el oso, que el cerdo, que el sabueso o el caballo. *(Sale.)*

LANZADERA.—¿Por qué huyen así? Esta es una bribonada suya para infundirme miedo.

Vuelve a entrar FLAUTA

FLAUTA. — ¡Oh Lanzadera, cómo has cambiado! ¿Qué veo encima de tus hombros?

LANZADERA. — ¿Qué veis? Una cabeza de asno sobre los vuestros, ¿no es verdad. *(Sale* FLAUTA.)

Vuelve a entrar CARTABÓN

CARTABÓN.—¡El Cielo te bendiga, Lanzadera; el Cielo te bendiga! ¡Estás transformado! *(Sale.)*

LANZADERA. — Adivino su truhanada. Quieren, sin duda, hacerme pasar por asno; quieren espantarme; pero, por más que hagan, no me moveré de aquí. Voy a pasearme a mis anchas y echarme a cantar para demostrarles que no tengo miedo. *(Canta.)*

Ni los mirlos de pico anaranjado,
negros como el hollín;
ni los tordos de acento acompasado,
ni el gorrión saltarín.

TITANIA. — *(Despertando.)* ¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?

LANZADERA.

Ni el cuclillo, la alondra o el pinzón,
a los que no se da contestación.

Porque, en efecto, ¿quién había de perder el tiempo contestando a tan necio avechucho? ¿Quién quiere dar un mentís a un pájaro, aun cuando grite *cucú* a quema ropa?

TITANIA.—Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo; tus cantos han cautivado mi oído. Asimismo, mis ojos se han enamorado de tus formas, y la fuerza de tu brillante mérito me obliga a decirte, a jurarte que te amo.

LANZADERA.—Me parece, señora, que no tenéis motivo para ello. Pero, a decir verdad, en el tiempo que vivimos la razón y el amor rara vez van juntos. Es mucha lástima que algún vecino honrado no se proponga reconciliaros. Ya veis cómo sé chancear cuando conviene.

TITANIA.—Eres tan cuerdo como hermoso.

LANZADERA.—No soy una cosa ni otra. Pero si tan sólo tuviese talento para salir de este bosque, creería tener lo suficente para mi gasto.

TITANIA.—No desees salir de este bosque; te quedarás aquí, quieras o no. Soy un espíritu de orden superior. La primavera dura siempre en mis estados, y te amo. Ven, pues, conmigo; te daré hadas para servirte; irán a buscarte joyas en el fondo del mar. Mientras duermes en un lecho de flores, mis cantos mecerán tu sueño; y de tal suerte purificaré los groseros elementos de tu na-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

turaleza mortal, que tendrás la suavidad de un espíritu aéreo. ¡Chicharrillo, Telaraña, Polilla, Mostaza!

Entran cuatro Hadas

CHICHARRILLO.—Aquí estoy.

TELARAÑA.—Y yo.

POLILLA.—Y yo.

MOSTAZA.—Y yo.

LAS CUATRO.—¿Adónde hemos de ir?

TITANIA.—Sed benévolas y corteses con este hidalgo; saltad y bailad en su presencia; nutridle de albaricoques y frambuesas, uvas moradas y verdosos higos maduros. Quitad a las abejas los dardos llenos de miel; recoged sus alvéolos impregnados de cera y haced con ella antorchas, que encenderéis en el ojo radiante de la luciérnaga, para alumbar a mi muy amado al levantarse y al acostarse. Y arrancad las alas multicolores de las mariposas para hacer un abanico que aparte de sus dormidos ojos los rayos de la luna. Inclinaos ante él, silfos, y rendidle homenaje.

CHICHARRILLO.—¡Salve, mortal!

TELARAÑA.—¡Salve!

POLILLA.—¡Salve!

MOSTAZA.—¡Salve!

LANZADERA.—De todo corazón doy las gracias a vuestras señorías. ¿Qué nombre es el vuestro?

TELARAÑA.—Telaraña.

LANZADERA.—Me alegraré de trabar con vos más íntimo conocimiento, maese Telaraña; y si alguna vez me ocurre cortarme el dedo, me tomaré la libertad de recurrir a vos... ¿Vuestro nombre, honrado hidalgo?

CHICHARRILLO.—Chicharrillo.

LANZADERA. — Os ruego que tributéis mis respetos a la señora Calabaza, vuestra madre, y a vuestro padre el señor Guisante. Me alegraré también de trabar con vos más amplio conocimiento, maese Chicharrillo. ¿Vuestro nombre, señor, si os place?

MOSTAZA.—Mostaza.

LANZADERA.—Señor Mostaza, reconozco perfectamente vuestra paciencia. Ese cobarde y gigantesco Rosbif ha devorado a más de un caballero de vuestra familia. Os aseguro que los de vuestra raza me han hecho a menudo venir las lágrimas a los ojos. Mucho deseo continuar vuestra amistad, señor Mostaza.

TITANIA.—Vaya, poneos a su servicio; llevadle a mi cenador. Me parece que la luna nos mira con ojos húmedos; y cuando vierte lágrimas, todas las florecillas lloran también, llevando el luto de alguna virginidad forzada. Encadenad la lengua de mi muy amado; conducidle en silencio. *(Salen.)*

ESCENA II

Otra parte del bosque

Entra OBERÓN

OBERÓN.—Ardo en impaciencia por saber si Titania ha despertado ya y cuál es la primera criatura que se ha ofrecido a su vista y de la que forzosamente se habrá enamorado.

Entra PUCK

Aquí está mi mensajero. Hola, espíritu burlón; ¿qué diversión nocturna hay ahora en este bosque encantado?

PUCK.—Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajaban para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Teseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a escena para contestar a Tisbe, mi

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

actor ha salido. Apenas le han visto los demás, cuando han huído, semejantes al ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho, o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de cuando en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos; a éste, la manga; a aquél, el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en el lugar de la escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

OBERÓN.—Esto sobrepuja mis esperanzas. Pero, como te había ordenado, ¿echaste ya el jugo del amor en los ojos del ateniense?

PUCK.—Lo atrapé dormido... Es también cosa hecha... Y la joven ateniense reposaba a su lado. De modo que, cuando él despierte, necesariamente habrá de fijarse en ella.

Entran DEMETRIO *y* HERMIA

OBERÓN.—Permanece quieto; aquí está el ateniense de marras.

PUCK.—La dama es la misma, pero no así el galán.

DEMETRIO.—¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama con tanto ardor? Regañad con quien os deteste, mas no con quien os adora.

HERMIA.—No te hago sentir más que mis desdenes, cuando podría tratarte peor, porque temo que me has dado motivos para maldecirte. Si es verdad que has muerto a Lisandro mientras se hallaba dormido, acaba, ya que tienes un pie en el crimen, acaba de hundirte en él y mátame igualmente. No es el sol más fiel al día que Lisandro a mí. ¿Puedo creer, que haya abandonado a Hermia dormida? Antes creería que la Tierra puede atravesarse de parte a parte, y que la luna, penetrando a través de su centro hasta los antípodas, podría venir en pleno mediodía a perturbar los rayos de su hermano. Imposible es que no le hayas dado muerte. Tu cara, feroz y siniestra, es, sin duda, la de un asesino.

DEMETRIO.—Es la de la víctima herida en el corazón por tu implacable crueldad, y, sin embargo, tú, mi asesino, brillas con el esplendor de tu hermosura, tan bella y tan clara, como la lejana Venus allá en su luminosa esfera.

HERMIA.—¿Qué tiene eso de común con mi Lisandro? ¿Dónde está? ¡Ah buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO.—Preferiría dar a mis lebreles su cadáver.

HERMIA.—¡Lejos de mí, perro! ¡Lejos de mí, chacal! Me obligas a traspasar todos los límites, a perder la resignación de mi sexo. ¿Le has muerto? ¡Sé para siempre borrado en la lista de los hombres! ¡Oh! Por piedad, dime, dime una vez la verdad; tú le has dado muerte mientras dormía, porque despierto no habrías osado mirarle a la cara. ¡Hazaña valerosa! Un gusano, una víbora podría hacer lo mismo. Es obra de una víbora. Jamás serpiente alguna hirió con dardo más envenenado que el tuyo. reptil.

DEMETRIO.—Vuestro furor os engaña; yo no soy culpable de la sangre de Lisandro, ni nada me prueba que haya muerto.

HERMIA.—Entonces, dime, te lo suplico, que vive sano y salvo.

DEMETRIO.—¿Qué recompensa sería la mía si pudiese responderos?

HERMIA.—El privilegio de no volverme a ver nunca. Huyo de tu aborrecida presencia. Sea muerto o vivo, piensa en no verme jamás. *(Sale.)*

DEMETRIO.—No hay modo de seguirla en el estado de irritación en que se encuentra. Descansemos aquí algunos ins-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tantes. El peso del dolor es más intenso cuando el sueño, deudor insolvente, se niega a satisfacernos su deuda. Si aguardo a que venga a proponerme arreglos, tal vez me pague una pequeña partida a cuenta. *(Se tiende sobre el césped y se duerme.)*

OBERÓN. — ¿Qué has hecho? Te has equivocado completamente y has vertido el jugo amoroso en los párpados de un amante fiel; y de esa equivocación resultará por fuerza la mudanza de un amor sincero y no la de un amor ingrato.

PUCK.—Así lo mandan los destinos. Por un hombre fiel, hay millones que son frágiles y aglomeran perjurios sobre perjurios.

OBERÓN.—Recorre el bosque más aprisa que el viento y haz de modo que halles a Elena de Atenas. Enferma de amor, con la palidez en las mejillas, exhala suspiros ardientes que alteran el frescor de su sangre. Con ayuda de algún encanto, procura traerla aquí. Yo hechizaré los ojos de él antes que ella llegue.

PUCK.—Voy, voy; vuelo más rápido que la flecha disparada del arco del Tártaro. *(Sale.)*

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando llegue su enamorada hazle resplandecer con el esplendor de una luz viva y pura, como irradia la Venus el firmamento. Si tú, al despertar, joven enamorado, te ves alumbrado con su hermosura, pídele la recompensa.

Vuelve a entrar PUCK

PUCK.—Capitán de nuestro bando hechiceresco: Elena en este instante se acerca, seguida del joven víctima de mi engaño, el cual le pide el premio de su amor. ¿Queréis que asistamos a esta ridícula escena? ¡Señor, qué locos son los mortales!

OBERÓN.—Ponte algo apartado; el ruido que van a producir despertará a Demetrio.

PUCK.—Entonces, serán dos a cortejar a una mujer. Eso sólo será ya una diversión única, y nada hay que me guste tanto como lo absurdo.

Entran LISANDRO *y* ELENA

LISANDRO.—¿Por qué os imagináis que sólo para burlarme os pido amor? La burla y la chanza no tienen lágrimas en los ojos; ved, lloro al hablaros, y eso es una prueba de la sinceridad de mis palabras. Todo en mí lleva el sello de la buena fe. ¿Cómo podéis ver en ello signos de desprecio?

ELENA.—Seguís la impostura con sumo talento. Cuando la verdad mata la verdad, ¡oh, qué lucha a la vez más infernal y celeste! Esos homenajes pertenecen a Hermia. ¿Renunciáis a ella? Juramentos pesados con juramentos, nada pesan. El homenaje que le tributabais y el que me ofrecéis ahora, puestos uno y otro en los platos de la balanza, tienen igual peso: los dos son tan leves como fábulas.

LISANDRO. — Había perdido la razón cuando le ofrecí mis homenajes.

ELENA.—No, la habéis perdido ahora, que renunciáis a ella.

LISANDRO.—Demetrio la ama y no os ama a vos.

DEMETRIO.—*(Despertando.)* ¡Oh Elena, diosa, ninfa, perfección divina! ¿Con qué, amor mío, compraré tus ojos? El cristal a tu lado es turbio. ¡Oh! ¡Cómo atraen el beso tus labios, semejantes a dos guindas maduras y coloradas! La nieve pura y blanca de la cumbre del Tauro, que el viento de Oriente acaricia con su soplo, parece negra como la pluma del cuervo cuando levantas la mano. ¡Oh! ¡Déjame besar esta maravilla de blancura, este sello de gloria!

ELENA.—¡Oh oprobio! ¡Oh infierno! Os veo conjurados para hacer de mí el objeto de vuestras burlas. Si tuvierais alguna caballerosidad alguna sombra de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cortesía, no me insultaríais así. ¿No basta que me aborrezcáis, como me consta? ¿Habéis de uniros, además, en cuerpo y alma para ridiculizarme? Si fueseis hombres, como lo anuncia vuestro exterior, no trataríais así a una dama bien nacida. ¡Prodigarme juramentos y ensalzarme más de lo que alcanza mi mérito, cuando estoy cierta que me aborrecéis de todo corazón! Rivales los dos por vuestro amor a Hermia, rivalizáis en ardor para insultar a Elena. ¡Sublime hazaña! Heroica empresa la de conseguir con insolentes burlas que suban las lágrimas a los ojos de una pobre doncella. Ningún hombre de corazón noble ofendería así a una virgen, ni tomaría a juego el apurar su paciencia, como hacéis vosotros.

LISANDRO.—Vuestro proceder es poco generoso, Demetrio. Cesad de obrar así, ya que amáis a Hermia. No lo ignoro, bien lo sabéis, y aquí declaro con toda sinceridad que renuncio en favor vuestro todos mis derechos al amor de Hermia. Renunciad en favor mío a toda pretensión al amor de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA.—Jamás tuvieron los que se burlan un lenguaje tan engañador.

DEMETRIO.—Lisandro, guárdate tu Hermia; no la quiero. Si la amé, todo ese amor se ha desvanecido. Mi corazón no ha estado en ella más que de paso, como un huésped extranjero. Ahora se ha vuelto a Elena para fijarse en ella por siempre como en su morada natal.

LISANDRO.—Elena, eso no es así.

DEMETRIO.—No intentes rebajar unos sentimientos que no conoces, o teme pagar cara tu audacia... Ahí tienes a tu amante, que viene; ahí tienes a tu muy amada.

Vuelve a entrar HERMIA

HERMIA.—¡Oscura noche, que, suspendiendo las funciones de los ojos, haces al oído más dispuesto a recoger los sonidos; y, debilitando el sentido de la vista, doblas la agudeza del oído!... Mis ojos no te ven, Lisandro, pero el sonido de tu voz me ha guiado a ti... ¿Por qué tan duramente me has dejado?

LISANDRO.—Y ¿por qué había de quedarse aquel a quien el amor impulsa a marchar a otro sitio?

HERMIA.—¿Qué amor podía apartar a Lisandro del lado mío?

LISANDRO.—El verdadero amor de Lisandro; un amor que no le permitía quedarse: la hermosa Elena, este astro que ilumina la noche con una luz más viva que todos los globos en llamas, que todos los ojos de luz que resplandecen en lo alto. ¿Por qué me buscas? ¿No te han hecho comprender mis palabras que el odio que te tengo me ha impulsado a dejarte?

HERMIA.—Vos no decís lo que pensáis; eso no puede ser.

ELENA.—¡Mirad: ella también es de la conspiración! Ahora veo que se han entendido los tres para organizar contra mí este pasatiempo cruel. Ultrajante Hermia, amiga ingrata, ¿habéis tramado vos, habéis preparado esta escena de irrisión infame para atormentarme? ¿Olvidasteis acaso nuestra intimidad, nuestro cariño fraternal, las horas tan dulces que pasamos las dos juntas cuando acusábamos al tiempo de ágiles pies porque adelantaba demasiado el momento en que debíamos separarnos? ¡Oh! Todo eso está olvidado, todo: la amistad de la escuela, la inocencia de la juventud. ¡Cuántas veces, Hermia, rivalizando en arte como diosas, tejimos ambas con nuestras agujas una misma flor, trabajando ante el mismo modelo, sentadas en un mismo almohadón, susurrando la misma canción en el mismo tono, como si nuestras manos, nuestros costados, nuestras voces y nuestras almas hubiesen estado incorporadas! Así crecimos juntas, semejantes a dos cerezas mellizas, que se diría que están separadas, pero que un lazo común las une; dos lindas bayas modeladas sobre el mismo tallo. Así es como, con dos cuerpos visibles, no teníamos más que un solo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

corazón, lo mismo que en un blasón se ven dos cuarteles iguales, perteneciendo al mismo escudo y coronados con una sola cimera. ¿Y rompéis el lazo de nuestro antiguo cariño y os unís a esos hombres para insultar a vuestra pobre amiga? Eso no es proceder como una amiga ni como una joven. No se dirige a mí sola esta injuria, sino a todo nuestro sexo, por más que la sufra yo sola.

HERMIA.—Me asombran vuestras palabras intemperantes; yo no os insulto; antes me parece que vos me insultáis a mí.

ELENA.—¿No habéis inducido a Lisandro a seguirme por burla y a que alabase mis ojos y mi cara? ¿No obedece también a instigación vuestra que Demetrio, que no hace sino un momento me rechazaba despectivo, me haya calificado de diosa, ninfa, de divinidad, de maravilla adorable y celeste? ¿Por qué reniega Lisandro de vuestro amor, tan firmemente arraigado en su alma, y por qué me ofrece sus homenajes sino por mandato y voluntad vuestra? Si tengo en patrimonio menos gracias que vos; si arrastro menos amantes en pos de mí; si soy menos dichosa en amor, y si, al contrario, tengo la desdicha de amar sin ser amada, es un infortunio que debe excitar vuestra compasión antes que vuestro desprecio.

HERMIA.—No comprendo lo que queréis decir.

ELENA.—Sí, sí, continuad, fingid tristeza. Haceos señas entre vosotros cuando vuelvo la espalda; guiñaos uno a otro los ojos; proseguid la burla; llevadla hasta el extremo; se hablará en el mundo de ella. Si tuvieseis un poco de humanidad, de honor o de cortesía, no me tomaríais por objeto de vuestras chanzas. Pero, adiós. En parte es culpa mía; la muerte o la ausencia la repararán pronto.

LISANDRO.—Deteneos, gentil Elena; escuchad mi justificación, amor mío, vida mía, mi alma, mi encantadora Elena.

ELENA.—¡Es admirable!

HERMIA.—(*A* LISANDRO.) Amigo mío, cesad de burlaros así de ella.

DEMETRIO.—Si vuestras súplicas no lo consiguen, yo sabré obligarte.

LISANDRO.—Tu fuerza no conseguirá más que sus súplicas. Tus amenazas son tan impotentes como sus ruegos... Elena; yo te amo, te amo, y lo juro por mi vida, por esta vida que estoy dispuesto a perder por ti. Juro que miente quien ose decir que no te amo.

DEMETRIO.—Y yo sostengo que te amo más que él pueda amarte.

LISANDRO.—Si eso sostienes, sígueme y pruébalo.

DEMETRIO.—¡Pronto, vamos!

HERMIA.—¿Qué quiere decir eso, Lisandro?

LISANDRO.—Atrás, etíope.

DEMETRIO.—No, no; él...; aparentáis querer desasiros de Hermia, pero no venís. Sois un hombre prudente, vamos.

LISANDRO.—(*A* HERMIA.) ¡Déjame, gata, lapa! Vil engendro, déjame, o te arrojo lejos de mí como se arroja a una serpiente.

HERMIA.—¿Por qué, grosero? ¿Qué significa ese cambio, dulce amor mío?

LISANDRO.—¡Tu amor! Lejos de mí, tártara atezada. Lejos de mí, repugnante medicina. Poción amarga y detestable, vete.

HERMIA.—¿Es que os chanceáis?

ELENA.—Sí, en verdad, y vos también.

LISANDRO.—Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO.—Quisiera tener la seguridad, porque veo que se necesita poca cosa para tenerte. No creo en tu palabra.

LISANDRO.—¡Pues qué! ¿Será menester que hiera a esa mujer, que le pegue, que la mate? Aunque la aborrezco, no quiero hacerle daño.

HERMIA.—¿Qué mayor mal podéis causarme que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Ay!... ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy yo Hermia? ¿No sois vos Lisandro? Soy hermosa hoy como lo era ayer. En el corto espacio de una noche me habéis amado y me ha-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

béis dejado. ¡Me habéis dejado! ¡Oh! ¡Los dioses me libren de creerlo! ¿Es de veras?

LISANDRO.—Sí, ¡por mi vida!, y con la firme intención de no volverte a ver. Desecha en cuanto a eso toda especie de esperanza, de incertidumbre y de duda; tenlo por cierto: no es una chanza; nada es más cierto. Te detesto y adoro a Elena.

HERMIA.—¡Ay de mí!... ¡Impostora, gusano, cáncer de las flores, ladrona de amor! ¿Es decir, que os habéis deslizado furtivamente en la sombra de la noche y me habéis robado el corazón de mi amante?

ELENA.—¡En verdad, esto es bonito! ¿Os habéis despojado de toda modestia, de todo pudor, de toda sombra de delicadeza? ¡Cómo! ¿Queréis arrancar a mi mansedumbre habitual un lenguaje de cólera? ¡Fuera, fuera, hipócrita muñeca!

HERMIA.—¡Muñeca! ¿Por qué ese epíteto? Sí, ya comprendo. Habéis hecho una comparación entre vuestra estatura y la mía; habéis hecho valer vuestra elevada talla y, pavoneándoos con esa ventaja, habéis logrado aventajarme. ¿Habéis conseguido su estimación por ser yo pequeña? ¿Conque os parezco pequeña, pintado árbol de mayo? Respondedme: ¿os parezco muy pequeña? Sin embargo, no soy tan pequeña que mis uñas no puedan llegar a vuestros ojos.

ELENA.—Os ruego, señores, que, aunque hayáis formado el propósito de burlaros de mí, no la dejéis que me golpee. Yo no soy mala; no entiendo nada de hacer mal. Soy una niña en punto a cobardía; no permitáis que me pegue. Tal vez creáis que porque es menor de estatura puedo habérmelas con ella.

HERMIA.—¡Menor! Oídlo todavía.

ELENA.—Buena Hermia, no seáis mala conmigo. Os he querido siempre. Hermia; he guardado siempre fielmente vuestros secretos; jamás os he hecho daño; mi sola falta consiste en haber revelado, impulsada por mi amor a Demetrio, vuestra huída al bosque. El os ha seguido; el amor me ha llevado en pos de él; pero me ha rechazado lejos de sí; me ha amenazado con pegarme echarme por el suelo y hasta matarme. Ahora, si queréis, me iré en paz. Voy a llevar mi loca pasión a Atenas, y no os seguiré más. Dejadme ir. Ya veis qué sencilla y afectuosa soy.

HERMIA.—Pues bien: partid; ¿quién os detiene?

ELENA.—Un corazón insensato que dejo aquí fuera.

HERMIA.—¡Cómo! ¿Con Lisandro?

ELENA.—Con Demetrio.

LISANDRO.—No temáis, Elena; no os hará ningún daño.

DEMETRIO.—No, señor, no se lo hará aunque tomaseis vos su partido.

ELENA.—¡Oh! Cuando se encoleriza es mala y astuta. Era ya una víbora cuando iba a la escuela; y, aunque pequeña, es de temer.

HERMIA.—¡Todavía pequeña! ¡Siempre «menor» y «pequeña»! ¿Sufriréis que se me insulte así? Dejadme sola con ella.

LISANDRO.—Aparta, enana, cabo de mujer, desecho de alforfón, abalorio, bellota.

DEMETRIO.—Os mostráis muy oficioso por una mujer que no acepta vuestros servicios. No os ocupéis de ella; no habléis de Elena; no toméis su defensa; pues si alguna vez tenéis la presunción de manifestar por ella la menor familiaridad os saldrá caro.

LISANDRO.—Ahora no impera sobre mí; sígueme si osas, y veremos quién de los dos tiene más derecho al corazón de Elena.

DEMETRIO.—¡Seguirte! No, te acompañaré mejilla con carrillo. *(Salen* LISANDRO *y* DEMETRIO.)

HERMIA.—Vos sois, señora, la causa de todo este desbarajuste. No, no os vayáis.

ELENA.—No me fío de vos, y no me quedaré más tiempo en vuestra compañía. Vuestras manos, cuando se trata de llegar a los golpes, son más rápidas que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

las mías; pero cuando es cuestión de huir, mis piernas son más ligeras que las vuestras. *(Sale.)*

HERMIA.—Estoy asombrada y no sé qué pensar. *(Sale.)*

OBERÓN.—Ahí tienes el fruto de tu negligencia. Siempre cometes equivocaciones, cuando no juegas de intento malas pasadas.

PUCK.—Creedme, rey de las sombras, ha sido un error. ¿No me habéis dicho que conocería al joven por su traje ateniense? En lo que he hecho estoy exento de censura, por cuanto son los ojos de un ateniense los que yo he hechizado con vuestro jugo. No siento el resultado, ya que las querellas de esa gente me han proporcionado una escena muy divertida.

OBERÓN.—Ya ves que los dos amantes buscan un paraje propicio para batirse. Apresúrate, pues, Robín; espera la oscuridad de la noche. Cubre la bóveda estrellada de una densa niebla, de un vapor húmedo y negro como Aqueronte, y condúcete de modo que se extravíen esos rivales irritados sin que puedan encontrarse. Unas veces imita la voz de Lisandro y dirige a Demetrio burlas amargas; otras búrlate de Lisandro con una voz que le parezca de Demetrio. Aléjalos así uno de otro, hasta que el sueño, imagen de la muerte, ponga en su frente los pies de plomo y sus alas de murciélago. Entonces, exprimirás en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la propiedad de disipar toda ilusión que fascine la vista y devuelve a este órgano sus habituales funciones. Cuando despierten de pronto, toda esta broma les parecerá un sueño, una vana visión, y los amantes volverán a tomar el camino de Atenas, unidos con lazos que sólo la muerte podrá romper. Mientras cumples esta misión, yo iré a ver a mi reina y a pedirle su pequeño indio. Luego apartaré de sus ojos el hechizo que la impulsa hacia su monstruo y quedará restablecida la paz en todas partes.

PUCK.—Mi feérico señor; es necesario proceder aprisa. Porque ya los dragones de la noche hienden las nubes a todo vuelo y brillan allá abajo los primeros fulgores que anuncian la aurora; a cuya aproximación los espectros errantes vuelven en tropel a su morada, en los cementerios; todos almas dañadas, que han tenido por sepulcro las encrucijadas de los caminos o las olas, y entran en su mortaja roída de gusanos. Temiendo que el día alumbre su oprobio, se destierran voluntariamente de la luz y se condenan a vivir por siempre en consorcio con la sombría noche.

OBERÓN.—Pero nosotros somos espíritus de otra alcurnia. Con frecuencia me ha sucedido juguetear con la amorosa aurora y recorrer como un guardabosque la espesura, hasta que la puerta de Oriente, toda roja de llamas, se abría, derramando sobre Neptuno sus rayos bienhechores y cambiando en amarillo de oro el tinte verdinegro de sus ondas. Sin embargo, apresúrate; no pierdas un instante; podemos acabar esta operación antes del día. *(Sale* OBERÓN.)

PUCK.—Los llevaré por valles y collados. Se me teme en la ciudad lo mismo que en el campo. Condúcelos, Robín, arriba y abajo. Aquí tenemos uno que se acerca.

Vuelve a entrar LISANDRO

LISANDRO. — ¿Dónde estás, arrogante Demetrio? Responde ahora.

PUCK.—Aquí, villano. Con el acero desnudo y pronto. ¿Dónde estás?

LISANDRO.—Soy contigo al instante.

PUCK.—Sígueme, pues, a un terreno más llano. (LISANDRO *se aleja, como siguiendo la voz.)*

Vuelve a entrar DEMETRIO

DEMETRIO.—¡Lisandro, habla otra vez! Cobarde, fugitivo, ¿has huído? ¡Habla! ¿Estás en un zarzal? ¿Dónde ocultas la cabeza?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PUCK.—Tu eres el cobarde, que estás echando bravatas a las estrellas. Dices a los matorrales que no pides más que batirte y procuras no venir. Ven, bribón; ven, mozalbete; voy a azotarte con un bejuco. Es una mengua sacar la espada contra ti.

DEMETRIO.—Pero ¿estás ahí?

PUCK.—Sigue mi voz. Este sitio no es a propósito para probar nuestro valor. *(Salen.)*

Vuelve a entrar LISANDRO

LISANDRO.—Huye siempre delante de mí, y no deja de provocarme. Cuando acudo al lugar de donde me llama, ha marchado ya. El villano es mucho más ligero de talones que yo. He ido aprisa, pero él ha huído con mayor celeridad aún, y, por último, me he metido en un camino oscuro y accidentado. Descansemos aquí. *(Se tiende en el suelo.)* Apresúrate a reaparecer, día benéfico; pues al punto que muestres tu grisáceo fulgor, sabré hallar a Demetrio y vengarme de esta insolencia. *(Se duerme.)*

Vuelven a entrar PUCK *y* DEMETRIO

PUCK.—¡Ja, ja, ja! Cobarde, ¿por qué no vienes?

DEMETRIO.—Aguárdame, si osas; pues no haces sino correr delante de mí, yendo de un punto a otro sin osar detenerte a pie firme ni mirarme cara a cara. ¿Dónde estás?

PUCK.—Ven aquí; estoy aquí.

DEMETRIO.—Vamos, te estás burlando; pero ya me las pagarás si alguna vez veo tu cara a la luz del día. Ahora vete a donde gustes. La fatiga me fuerza a tomar la medida de mi longitud sobre este húmedo lecho... Al despuntar el día espérate y recibirás mi visita. *(Se echa en tierra y se duerme.)*

Vuelve a entrar ELENA

ELENA.—¡Oh noche fatigosa! ¡Oh larga y pesada noche! ¡Abrevia tus horas! Haz brillar en el Oriente confortables rayos, para que, lejos de los que detestan mi pobre compañía, me aproveche de la luz diurna para volver a Atenas... Y tú, sueño, que a veces vienes a cerrar los ojos del dolor, róbame por algún tiempo a mi propia compañía. *(Se tiende y duerme.)*

PUCK.—¿Aún no hay más que tres? Venga una más. Dos de cada sexo, y harán cuatro. Aquí llega la otra, indignada y triste. Cupido es un muchacho bastante travieso, cuando hace perder así la razón a las pobres mujeres.

Vuelve a entrar HERMIA

HERMIA.—Nunca estuve tan cansada; nunca tan afligida. Empapada de rocío y rasgada por los abrojos, no puedo arrastrarme e ir más lejos. Mis piernas niéganse a marchar al mismo paso que mis deseos. Descansemos aquí hasta que rompa el día. Si han de batirse, que el Cielo proteja a Lisandro. *(Se tiende en el suelo y queda dormida.)*

PUCK.

Reposa aquí, gentil enamorado,
mientras ahora en tus ojos, hechicero,
vierto el jugo encantado.

(Vierte el jugo en los ojos de LISANDRO.)

Contempla al despertar tu bien amado
recréate en su vista lo primero,
y el refrán quedará justificado:
Juan tendrá a su Juana;
no irá nada al revés,
recobrará el amante a su pareja,
y todo saldrá bien (1).

(Sale.)

(1) Versión literal en prosa: «Reposad sobre la tierra profundamente. Gentil enamorado, voy a aplicar el remedio en vuestros ojos.—Cuando despiertes sentirás una verdadera felicidad al contemplar los ojos de tu primera dama. Y la certeza del proverbio vulgar, de que «cada oveja con su pareja», se mostrará a vuestro despertar. Juan tendrá a Juliana; nada irá mal; el hombre recobrará su yegua [todo deseo alcanzará su fin], y todo saldrá bien.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El bosque

LISANDRO, DEMETRIO, ELENA *y* HERMIA, *dormidos*

Entran TITANIA *y* LANZADERA, *acompañados del cortejo de Duendes y Hadas.* OBERÓN, *invisible, los sigue y observa a cierta distancia*

TITANIA.—Acércate. Ven a sentarte en este florido lecho. Ven a que te acaricie las encantadoras mejillas, a que ponga rosas de almizcle en tu cabeza blanda y lisa y bese tus largas y hermosas orejas, suave delelte mío.

LANZADERA.—¿Dónde está Chicharrillo?

CHICHARRILLO.—Aquí.

LANZADERA.—Ráscame la cabeza, Chicharrillo. ¿Dónde está monsieur Telaraña?

TELARAÑA.—Aquí estoy.

LANZADERA.—Monsieur Telaraña, buen monsieur, tomad las armas y matadme esa abeja de encarnados muslos que está posada en aquel cardo. Luego, mi buen monsieur, traedme su saco de miel. No os acaloréis demasiado en esa operación, monsieur, y, sobre todo, querido monsieur, evitad cuidadosamente que la miel se derrame. No quisiera, signor, veros sepultado bajo las olas de miel. ¿Dónde está monsieur Mostaza?

MOSTAZA.—Aquí.

LANZADERA.—Dadme un apretón de manos, monsieur Mostaza. Nada de cumplimientos, buen monsieur.

MOSTAZA.—¿Qué puedo hacer para serviros?

LANZADERA.—Nada, buen monsieur, sino ayudar al *cavalery* Telaraña en su tarea de rascarme. He de ir a casa del barbero, monsieur, porque tengo la cara muy peluda, y soy un asno tan nervioso, que por poco que el pelo me pique necesito rascarme.

TITANIA.—¿Quieres oír música, dulce amor mío?

LANZADERA.—En cuanto a música, tengo un oído bastante bueno. Dadme cencerros y matracas.

TITANIA.—O dime, amor mío, lo que deseas comer.

LANZADERA.—Francamente, un pienso de forraje. Podría tomar un picotín de avena fina, bien seca. Siento también una gran tentación de comer un haz de heno, de un buen heno y muy fresco. No hay nada mejor.

TITANIA.—Tengo un hada escudriñadora que irá a buscar en el repuesto de la ardilla y te traerá nueces tiernas.

LANZADERA.—Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego digáis a vuestra gente que me deje en paz. Me siento con cierta «exposición» al sueño.

TITANIA.—Duerme, y yo te rodearé con mis brazos. Hadas, marchad a vuestros respectivos puestos. (*Salen las* HADAS.) Así se enlazan gentilmente los tallos de la madreselva silvestre y la madreselva olorosa; así la hiedra de la debilidad femenina ensortija los dedos de corteza del olmo. ¡Oh! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te idolatro! (*Duermen.*)

Entra PUCK

OBERÓN.—(*Adelantándose.*) Bien venido seas, buen Robín. ¿Ves este delicioso espectáculo? Ahora empiezo a sentir lástima de su locura. Porque habiéndola hallado poco ha detrás del bosque, recogiendo dulces golosinas para ese odioso imbécil, le he dirigdo reproches y la he censurado agriamente. Había ceñido las sienes velludas de su amante con guir-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

naldas de flores frescas y olorosas. Las gotas de rocío que hace poco irradiaban sobre los capullos como perlas de Oriente, parecían ahora, en el fondo del cáliz de esas flores, como otras tantas lágrimas que llorasen su propio envilecimiento. Cuando la hube ceñido y ella me imploró perdón en términos blandos y sumisos, le pedí su pajecillo. Ella me lo cedió al momento, y he dado a un hada suya la orden de llevarlo a un bosquecillo de mi imperio mágico. Ahora que tengo ya al niño, voy a curar sus ojos de su abominable error. Y tú, gentil Puck, quita de la cabeza de ese rústico ateniense el disfraz que le transforma, para que, despertando como los otros, se vuelvan todos a Atenas sin haber conservado de los sucesos de esta noche otro recuerdo que la desagradable vejación de un sueño. Pero comencemos por romper el hechizo de la reina de las hadas. *(Se acerca a* TITANIA *y vierte en sus párpados el jugo de una flor.)*

Sé como tú debes ser;
cobra tu anterior sentido,
pues que tiene tal poder,
y de su fuerza se ufana,
el capullo de Diana
sobre la flor de Cupido.

Vamos, Titania mía, despertad, mi dulce reina.

TITANIA. — *(Despertándose.)* ¡Mi Oberón! ¡Qué visiones he tenido! Me parecía que estaba enamorada de un asno.

OBERÓN.—Aquí reposa vuestro amor.

TITANIA.—¿Cómo ha sido eso? ¡Oh! ¡Cuánto aborrecen ahora mis ojos su figura!

OBERÓN.—Silencio por un instante. Robín, quítale esa cabeza. Titania, haced que suene la música y que sus acordes sumerjan los sentidos de estos cinco en un sopor más profundo que el sueño ordinario.

TITANIA. — ¡Música! ¡Eh! ¡Música! Dadnos acordes que hechicen el sueño *(Música.)*

PUCK. — *(A* LANZADERA.) Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de imbécil.

OBERÓN. — ¡Música! ¡Tocad! *(Música aún.)* Venid, Titania; dadnos la mano e imprimamos a la tierra en donde están tendidos estos durmientes un temblor que los meza. Ahora nos hemos reconciliado vos y yo; mañana, a medianoche, bailaremos en el palacio del duque Teseo solemnes danzas e invocaremos sobre su casa toda suerte de venturosas dichas. Allí también se enlazarán, al propio tiempo que Teseo, esas dos parejas de amantes fieles, con general regocijo.

PUCK.—Rey de las hadas, atención y escucha: oigo la alondra matinal.

OBERÓN.—Entonces, reina mía, sigamos en profundo silencio a las sombras de la noche. Nosotros podemos dar la vuelta al globo más aprisa que la luna errante.

TITANIA. — Vamos, señor; y durante nuestro vuelo, decidme cómo ha podido ser que me haya yo visto esta noche durmiendo sobre la tierra entre esos mortales. *(Salen. Suenan a lo lejos cuernos de caza.)*

Entran TESEO, HIPÓLITA, EGEO *y acompañamiento*

TESEO.—Vamos, que uno de vosotros busque al guardabosque. Ya hemos cumplido nuestros ritos; y como aún estamos en la vanguardia del día, quiero que mi muy amada oiga el concierto de mis lebreles. Soltadlos en el valle occidental; despachad, digo, y traedme al momento al guardabosque. Ahora vamos, bella reina, a la cumbre de la montaña, y desde allí prestaremos oído a la confusión armoniosa de los perros y del eco reunidos.

HIPÓLITA.—Cierto día me encontré con Hércules y con Cadmo, cuando cazaban osos en un bosque de Creta, con perros de Esparta. Nunca he oído más alegre bullicio; no solamente la selva, sino también el cielo, las fuentes y todos los campos de las cercanías parecían confundirse en un mutuo acento. Jamás he

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

oído disonancia tan musical, trueno más armonioso.

TESEO.—Mis sabuesos son de raza espartana; tienen largas mandíbulas y rufo el pelo; sus orejas colgantes barren el rocío de la mañana; las piernas, arqueadas, y una papada como los toros de Tesalia. Son lentos en perseguir, pero sus ladridos parecen tañidos acordados de campana. Nunca en Creta, Esparta o Tesalia se dió la señal del alalí con mayor armonía de gritos, ni respondieron más alegres las llamadas de las trompas. Juzgadlo cuando lo oigáis... Pero ¡silencio! ¿Qué ninfas son éstas?

EGEO.—Señor, ésta es mi hija, aquí dormida, y éste, Lisandro; este otro es Demetrio; también está Elena, la hija del anciano Nedar. Me sorprende hallarlos aquí todos reunidos.

TESEO.—Sin duda, se han levantado muy de mañana para cumplir con los ritos del mes de mayo, y, enterados de nuestros proyectos, han venido a unírsenos aquí para dicha solemnidad. Pero decidme, Egeo: ¿no es hoy cuando Hermia debe daros la respuesta acerca de la elección de esposo?

EGEO.—Sí, mi señor.

TESEO.—Id y mandad a los cazadores que los despierten al sonido de las trompas... *(Gritos dentro, y luego el eco de las trompas.* DEMETRIO, LISANDRO, HERMIA *y* ELENA *despiertan sobresaltados y se levantan.)* Buenos días, amigos. Ha pasado ya el día de San Valentín. ¿Las aves del bosque no comienzan a emparejarse hasta hoy?

LISANDRO.—Perdón, señor. (LISANDRO *y los demás se arrodillan.)*

TESEO.—Alzaos, os ruego. Sé que vosotros dos sois enemigos y rivales. ¿De qué proviene este maravilloso acuerdo? ¿Cómo es que el odio, despojándose de toda amargura envidiosa, duerme al lado del odio, sin temer ningún acto de hostilidad?

LISANDRO.—Señor, no sé qué responderos, en el asombro en que estoy, medio dormido y medio despierto. Os juro que no puedo deciros cómo he venido aquí. Pero, si no me engaño (pues quisiera decir la verdad; sí, ahora recuerdo cómo sucedió), llegué aquí con Hermia. Nuestro proyecto era huir de Atenas para ponernos fuera del alcance de sus leyes.

EGEO.—Basta, basta, mi señor; habéis oído lo bastante. Reclamo contra él la aplicación de la ley; sí, de la ley. La ley sobre su cabeza. Querían huir; se habrían burlado de vos y de mí, Demetrio; de vos y de vuestra esposa, y hacer nula mi firme voluntad de daros la mano de mi hija.

DEMETRIO.—Señor, la hermosa Elena me reveló su fuga y la intención que los llevaba a este bosque. Con furor los he seguido, y el amor ha llevado también a Elena en pos de mí. Yo no sé cómo ha sido, señor; fuerza es que haya sido obra de algún poder misterioso, pero mi amor a Hermia se ha derretido como la nieve. Su recuerdo, para mí, no es más que el de un vano juguete por el que un niño se entusiasma. Y ahora, el único objeto de mi pasión y todos los afectos de mi alma, el único placer de mis ojos, es Elena. A ella, señor, estuve prometido antes de ver a Hermia. Yo la desdeñaba como un enfermo desdeña los alimentos; pero, con la salud, he vuelto a mi gusto natural, y ahora la deseo, la amo, suspiro por ella, y mi corazón le será siempre fiel.

TESEO.—Felizmente hallados, dichosos amantes. Ya nos contaréis después los pormenores de esa aventura... Egeo, es preciso que vuestra voluntad se doblegue ante la mía. Quiero que hoy estas dos parejas sean, al mismo tiempo que nosotros, unidas con eterno lazo. Como la mañana está muy adelantada, dejaremos nuestro proyecto de caza. Venid con nosotros a Atenas; no habrá para las tres parejas más que una sola y común solemnidad. Vamos, Hipólita. *(Salen* TESEO, HIPÓLITA, EGEO *y el acompañamiento.)*

DEMETRIO.—Estas aventuras se me pre-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sentan como en confusa lejanía, lo mismo que esas montañas que de lejos se convierten en nubes.

HERMIA.—Diríase que una ilusión de los ojos me hace ver las cosas dobles.

ELENA.—Tal siento yo también. Y Demetrio me parece como una joya que hubiese encontrado, que es mío y no es mío a la par.

DEMETRIO.—¿Estáis bien seguros de que nos hallamos despiertos? Algo me dice que dormimos, que soñamos todavía... ¿No creéis que el duque estaba aquí hace poco y que nos ha dicho que le siguiéramos?

HERMIA.—Sí, y también mi padre.

ELENA.—E Hipólita.

LISANDRO.—Y nos invitó a acompañarle al templo.

DEMETRIO.—He aquí lo que prueba que estamos despiertos. Sigámoslos, y andando nos contaremos nuestros sueños. *(Salen.)*

LANZADERA. — *(Despertando.)* Cuando llegue mi apunte, llamadme y responderé. Mi réplica ha de venir después de estas palabras: «Mi hermoso Píramo.» ¡Eh! ¡Hola! ¡Pedro Cartabón! ¡Flauta, remiendafuelles! ¡Hocico, calderero! ¡Hambrón! ¡Dios de mi vida! ¿Pues no se han ido todos, dejándome dormido? He tenido la visión más maravillosa. He tenido un sueño... Todas las facultades del hombre no bastarían a decir lo que este sueño. Si lo intentara explicar, sería un asno. Me ha parecido que era..., me ha parecido que tenía...; pero fuera un arlequín el hombre que tuviese la pretensión de explicar lo que me ha parecido que tenía. Los ojos del hombre no han oído, ni los oídos del hombre han visto, ni la mano del hombre podría gustar, ni su lengua concebir, ni su corazón expresar lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Cartabón componga una balada sobre este sueño. Se titulará *El sueño del Tejedor*, porque es un tejido de maravillas, y la cantaré delante del duque al final de una comedia. Es posible que la cante después de la muerte del personaje, para darle más gracia. *(Sale.)*

ESCENA II

Atenas.—Aposento en casa de Cartabón

Entran CARTABÓN, FLAUTA, HOCICO *y* HAMBRÓN

CARTABÓN. — ¿Se ha enviado aviso a casa de Lanzadera? ¿Ha vuelto ya?

HAMBRÓN.—No saben nada de él. Sin duda, está embrujado.

FLAUTA.—Si no viene, ¡adiós comedia! No se podrá hacer, ¿no es verdad?

CARTABÓN.—No es posible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar a Píramo como él.

FLAUTA.—No; es sencillamente el talento más desarrollado de entre todos los artesanos atenienses.

CARTABÓN. — Y también el mozo más guapo; su voz no admite *piragón* en el mundo.

FLAUTA.—Querréis decir parangón, porque, ¡Dios nos asista!, el piragón es un insecto insignificante.

Entra BERBIQUÍ

BERBIQUÍ. — Señores, el duque regresa en este instante del templo, acompañado de dos o tres señores y damas que se han casado al mismo tiempo que él. Si hubiésemos podido representar nuestra diversión, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTA.—¡Oh! Bravo y amable Lanzadera, te has perdido una renta de seis peniques diarios por toda tu vida. Era imposible que no le concediesen seis peniques diarios. Sí; el duque le habría dado una renta de seis peniques diarios por haber hecho el papel de Píramo; y si no es así, que me ahorquen. Los habría merecido; seis peniques diarios, o nada, por hacer el papel de Píramo.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra LANZADERA

LANZADERA.—¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esas almas mías?

CARTABÓN.—¡Lanzadera! ¡Oh día grandioso! ¡Oh hora afortunada!

LANZADERA.—Señores, tengo que deciros cosas asombrosas; pero no me preguntéis lo que es, pues si os lo digo no soy un verdadero ateniense. Os lo diré sin omitir nada, exactamente como ha pasado.

CARTABÓN.—Cuéntanos, amable Lanzadera.

LANZADERA.—Nada sacaréis de mí. Sabréis sólo que el duque ha comido ya. Idos a caracterizaros; ataos bien las barbas; poneos cintas nuevas en los escarpines, y reunios en seguida en Palacio; repase cada cual su papel, pues lo corto y lo largo de la cuestión es que nuestra pieza va a representarse. En todo caso, que Tisbe lleve ropa blanca, y que el encargado del papel del león no se recorte las uñas, pues harán las veces de garras de la bestia. Y todos vosotros, queridos actores, habéis de procurar no comer cebollas ni ajos, porque importa que tengamos la palabra dulce, y así no dudo que oiremos decir que nuestra pieza es la flor y nata de las comedias. Ni una palabra más. Marchemos, adelante. *(Salen.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Atenas.—Aposento en el palacio de Teseo

Entran TESEO, HAPÓLITA, FILÓSTRATO, *Señores y acompañamiento*

HIPÓLITA.—Es muy extraño, querido Teseo, lo que cuentan esos amantes.

TESEO.—Más extraño que verídico. No podré nunca dar crédito a esas antiguas fábulas ni a esas frivolidades feéricas. Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que van más allá de lo que la razón puede percibir. El loco, el amante y el poeta son todo imaginación: el uno, el loco, ve más demonios de los que el infierno puede contener; el amante, no menos insensato, ve la belleza de Helena en la frente de una gitana; la mirada del ardiente poeta, en su hermoso delirio, va alternativamente de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos; y como la imaginación produce formas de objetos desconocidos, la pluma del poeta los metamorfosea y les asigna una morada etérea y un nombre. Los caprichos de una imaginación alucinada son tales, que si le ocurre a ésta sentir un acceso de alegría, encarga a un ser de su creación que sea el portador; o si en la noche se forja algún miedo, ¡con cuánta facilidad toma un zarzal por un oso!

HIPÓLITA.—Pero todo cuanto nos han contado de esta noche, la transfiguración de las facultades intelectuales de esas distintas personas, da testimonio de que hay en ello algo más que imágenes de la fantasía, y toma gran consistencia la relación. Mas, comoquiera que fuere, es extraño y admirable.

Entran LISANDRO, DEMETRIO, HERMIA *y* ELENA

TESEO. — Aquí vienen los amantes, ebrios de felicidad y de alegría. ¡Alegría, gentiles amigos! ¡Alegría y una fresca primavera de amor acompañen vuestros corazones!

LISANDRO.—¡Más que a nosotros, acompañen a vuestros regios pasos, a vuestra mesa y lecho!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TESEO.—Veamos ahora: ¿qué mascarada, qué baile tendremos para pasar esta eternidad de tres horas que media entre el cenar y el acostarse? ¿Dónde se halla el director habitual de nuestras fiestas? ¿Qué diversiones tenemos a mano? ¿No hay ninguna comedia para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad a Filóstrato.

FILÓSTRATO.—Aquí estoy, poderoso Teseo.

TESEO.—Dime: ¿de qué pasatiempo breve dispones para esta noche? ¿Qué mascarada? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos el perezoso tiempo sino con alguna diversión?

FILÓSTRATO.—Aquí tengo una lista de regocijos preparados. Vuestra Alteza escogerá el que debe ir primero. *(Dándole un papel.)*

TESEO.—«La batalla de los centauros, cantada al arpa por un eunuco ateniense.» No queremos nada de esto. Ya lo he referido a mi amada en honor de mi pariente Hércules. «La sublevación de las ebrias Bacantes, desgarrando en su furia al cantor de Tracia.» Ese es un tema anticuado, que fué puesto en escena cuando volví de Tebas victorioso. «Las tres veces tres Musas, condolidas por la muerte del Saber, fallecido recientemente en la miseria.» Eso es alguna sátira acerba y punzante, que no cuadra bien con una ceremonia nupcial. «Breve y enojosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe. Sainete muy trágico.» ¡Broma y trágica! ¡Enojosa y breve! Esto es, hielo caliente y nieve negra. ¿Cómo concordaremos estas discordancias?

FILÓSTRATO.—Es una pieza, señor, que apenas pasará de diez palabras, cosa la más breve que conozco en punto a representaciones. Pero, así y todo, señor, con diez palabras es demasiado extensa, lo que la hace fastidiosa, porque en toda ella no hay palabra oportuna ni actor en su carácter. Y es trágica, a no dudar, noble señor, pues en ella se suicida Píramo. Por lo que, cuando vi el ensayo, confieso que se me humedecieron los ojos, pero a fe que jamás las lágrimas provocaron risa tan alegre.

TESEO.—¿Quiénes son los que representan esto?

FILÓSTRATO.—Hombres rudos; menestrales de aquí, de Atenas, que jamás cultivaron la mente y que ahora han recargado su rústica memoria con semejante pieza, en homenaje a vuestro casamiento.

TESEO.—Pues los veremos representar.

FILÓSTRATO.—No, noble señor; no es digno de vos. He oído la obra entera y no es nada, nada de particular; a menos que os divierta su buena voluntad, el sobrehumano esfuerzo y la crudelísima labor que se han echado a cuestas para serviros.

TESEO.—Quiero oír esa representación, porque nada me parece mal cuando lo inspiran la llaneza y el deber. Ve a traerlos, y tomad asiento, señores. *(Sale* FILÓSTRATO.)

HIPÓLITA.—No gusto de ver fracasar a la desgracia, ni sucumbir, en su servicio, al deber.

TESEO.—¡Cómo, dulce amada mía! No veréis nada parecido.

HIPÓLITA.—Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO.—Mayor será nuestra bondad al darles las gracias por nada. Nuestra diversión consistirá en comprender lo que no comprenden, pues cuando el buen deseo es impotente para agradar, el recto juicio busca la intención, no el mérito. Adondequiera que fuí, las mayores eminencias me han recibido con bienvenidas premeditadas; los he visto temblar y palidecer, atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus acostumbrados acentos y, en conclusión, quedar mudos, no dándome bienvenida alguna. Pues, dulce prenda, ese mismo silencio constituía para mí la bienvenida más cordial; y en su lealtad sencilla y temerosa leía yo más que pudiera expresar la lengua bulliciosa de una eminencia audaz e impertinente. Por ello, el amor

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

y la muda sencillez, a mi juicio, se entienden más cuando menos hablan.

Vuelve a entrar FILÓSTRATO

FILÓSTRATO.—Con permiso de Vuestra Gracia, el Prólogo está dispuesto.

TESEO.—Avísale que entre. *(Trompetería festiva.)*

Entra CARTABÓN, *haciendo de* PRÓLOGO

PRÓLOGO.

Si os ofendemos, es con nuestra mejor in-
[tención.
Eso debéis pensar, que no venimos a ofender,
sino de buena voluntad. Mostrar nuestro deseo
[de serviros
he aquí el verdadero principio de nuestro fin.
Considerad, pues, que no venir sino a can-
Sería no venir a complaceros, [saros.
nuestro verdadero intento. En obsequio de
[vuestro deleite.
No hemos venido aquí. Para enfadaros
los actores están dispuestos: y por sus mues-
sabréis cuanto os gustaría saber. [tras

TESEO.—Este mozo no se para en puntos.

LISANDRO.—Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado: no conoce parada. Excelente enseñanza, señor; no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA.—Verdaderamente, ha ejecutado su prólogo como un niño sobre un caramillo: notas, pero sin compás.

TESEO.—Su discurso parecía una cadena deslabonada; no faltaba ningún anillo, pero todos en desorden. ¿Qué sigue ahora?

Entran, como en pantomima, PÍRAMO, TISBE, MURO, CLARO DE LUNA *y* LEÓN

PRÓLOGO.

Amable auditorio, quizá os admiraréis de esta
[pantomima;
pero admiraos hasta que la verdad lo escla-
[rezca todo.
Este hombre es Píramo, si queréis saberlo,
y esta bella señora es Tisbe, a no dudar.
Este hombre, lleno de cal y toscamente ca-
[racterizado, representa
el Muro, ese vil Muro que separaba a los
[amantes.
Y a través de las grietas del Muro, probreci-
[cillos, se contentaban
con cuchichear, cosa de que nadie ha de
[asombrarse.
Este hombre, con su linterna, perro y un haz
[de espinos,
representa el Claro de Luna; porque, si lo
[queréis saber,
estos amantes no desdeñaron hallarse bajo un
[claro de luna,
junto al sepulcro de Nino, para allí, allí ga-
[lantearse.
Esta fiera alimaña, cuyo supremo nombre es
asustó, o más bien espantó [León,
a la fiel Tisbe, que de noche fué la primero
[en llegar,
y, como huyera, hizo caer su manto.
que el vil León manchó con su sangrienta
[boca.
En seguida llega Píramo, bello y arrogante
[mozo,
y halla el manto de su fiel Tisbe ensangren-
[tado
Con lo cual, con su acero, con su culpable y
[sanguinario acero,
se atraviesa el hirviente y purpúreo corazón
Y Tisbe, escondida a la sombra de un moral,
desenvaina su daga y se da muerte. En cuanto
[a lo demás,
el León, el Claro de Luna, el Muro y ambos
[amantes
os lo contarán, por extremo, en tanto perma-
[nezcan aquí

(Salen el PRÓLOGO, PÍRAMO, TISBE, *el* LEÓN *y* CLARO DE LUNA.)

TESEO.—¡Me asombra que hable el León!

DEMETRIO.—No hay que asombrarse, señor; un león puede hacer lo que hacen tantos asnos.

EL MURO.

En este mismo intermedio acontece
que yo, Hocico de nombre, represento un
[muro,
y un muro exactamente quisiera que os ima-
[ginarais,
cuya pared tiene una grieta o agujero,
por entre la cual los amantes Píramo y Tisbe
charlan a menudo muy secretamente.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Esta cal, esta argamasa y piedra representan
que soy el propio muro; tal es la verdad:
y por estas aberturas, a derecha e izquierda,
cuchichean los amantes temerosos.

TESEO.—¿Querríais que la cal y la peluca se expresaran mejor?

DEMETRIO.—Es la relación más ingeniosa que he escuchado en mi vida, señor.

TESEO.—Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

Vuelve a entrar PÍRAMO

PÍRAMO.

¡Oh noche espantosa! ¡Oh noche de color
[tan negro!
¡Oh noche, que lo eres cuando no es de día!
¡Oh noche! ¡Oh noche! ¡Ay, ay, ay!
Tengo miedo de que Tisbe olvide su promesa.
Y tú, ¡oh muro!, ¡oh dulce, amado muro!,
que te alzas entre el terreno de su padre y
[del mío,
¡oh muro!, ¡oh muro!, ¡oh dulce y adorado
[muro!,
muéstrame tus grietas para a través de ti
[echar una mirada.

(El MURO *extiende sus dedos.)*

¡Gracias, cortés muro! ¡Protéjate Júpiter
[por esto!
Pero ¿qué atisbo? ¡Que no está Tisbe atisbo!
¡Oh malvado muro, por entre el cual no veo
[la dicha!
¡Malditas sean tus piedras, que así me han
[engañado!

TESEO.—Puesto que el Muro está dotado de palabra, debiera maldecirle a su vez.

PÍRAMO.—No, por cierto, señor; no debiera hacerlo. «Me han engañado», es el apunte de Tisbe. Ella entra ahora y yo he de espiar por entre el muro. Ya lo veréis; ocurrirá todo exactamente como he dicho. Ahí viene.

Vuelve a entrar TISBE

TISBE.

¡Oh muro! ¡Cuántas veces has oído mis la-
[mentos
por tenerme separada de mi hermoso Píramo!
Mis labios de cereza han besado tus piedras a
[menudo,
tus piedras con cal y pelo entretejidas.

PÍRAMO.

Veo una voz. Ahora voy a la abertura
a espiar para poder *oír el rostro de mi Tisbe*.
¡Tisbe!

TISBE.

¡Amor mío! Eres mi amor, presumo.

PÍRAMO.

Presume lo que quieras. Yo soy la gracia de
[tu amor;
y, como Limandro, siempre te soy fiel.

TISBE.

Y yo, como Helena, hasta que los Hados me
[asesinen.

PÍRAMO.

No fué Céfalo tan fiel a Procris.

TISBE.

Pues yo te soy tan fiel como Procris a Cé-
[falo.

PÍRAMO.

¡Oh! ¡Bésame por entre el agujero de esta
[vil pared!

TISBE.

Beso el agujero del muro; pero no tus la-
[bios por completo.

PÍRAMO.

¿Quieres encontrarme en seguida en el tú-
[mulo de Nino?

TISBE.

En vida o muerte, voy sin dilación.

(Salen PÍRAMO *y* TISBE.)

EL MURO.

Así, yo muro, he desempeñado ya mi parte,
y habiéndose ésta concluído, se retira el muro.

(Sale.)

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TESEO. — Ahora está caída la muralla entre los dos vecinos.

DEMETRIO.—No había otro remedio, señor, cuando hay paredes que oyen sin avisar.

HIPÓLITA. — Esta es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO.—Las mejores obras de este género no son sino fantasías; las peores no son lo peor si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA.—Entonces, a tu imaginación se debe, y no a la de ellos.

TESEO.—Si imaginamos de ellos lo que ellos de sí propios imaginan, pasarán por personas excelentes. Aquí llegan dos nobles bestias: un hombre y un león.

Entran el LEÓN *y* CLARO DE LUNA

LEÓN.

Vosotras, señoras, vosotras, cuyos tímidos
[corazones amedrenta
el monstruoso ratoncete que se arrastra por
[el piso,
tal vez pudierais temblar aquí y estremeceros
cuando ruge colérico un león salvaje.
Por tanto, debéis saber que yo, Berbiquí, el
[ebanista, no soy
ni león feroz, ni siquiera leona;
porque, si viniese como león de veras
a este lugar, no habría compasión para mi
[vida.

TESEO.—He aquí una bestia humilde y de mucha conciencia.

DEMETRIO.—Es la bestia más grande que he visto, señor.

LISANDRO.—Por su valor, este león es un verdadero zorro.

TESEO.—Cierto; y por su discreción, un ganso.

DEMETRIO. — No, señor, pues su valor no aventaja a su discreción como el zorro al ganso.

TESEO. — Estoy seguro de que su discreción tampoco aventaja a su valor, como el ganso al zorro; pero está bien. Dejémosle a su discreción y oigamos a la Luna.

LUNA.

Esta linterna representa los cuernos de la
[luna...

DEMETRIO.—Debiera llevar los cuernos sobre su cabeza.

TESEO. — No está en creciente, y por eso los cuernos van invisibles dentro de su disco.

LUNA.

Esta linterna representa los cuernos de la
[luna:
yo mismo al hombre de la luna me asemejo

TESEO.—He aquí el mayor error de todos. Este hombre debiera introducirse en la linterna. ¿Cómo, si no, va a ser el hombre de la luna?

DEMETRIO.—No entra allí de miedo a la vela; pues miradle ya encendido.

HIPÓLITA.—¡Ya estoy cansada de esta luna; quisiera que mudara!

TESEO.—A juzgar por la escasa luz de su inteligencia, parece que está en menguante; pero, por amabilidad y cortesía, dejémosle acabar su giro.

LISANDRO.—Prosigue, Luna.

LUNA.—Todo lo que tengo que decir es que la linterna es la luna; yo, el hombre de la luna; este manojo de espinos, mi manojo de espinos, y este perro, mi perro.

DEMETRIO.—Pues todo ello debiera introducirse en la linterna, porque está en la luna. Pero ¡silencio! Aquí viene Tisbe.

Vuelve a entrar TISBE

TISBE.

Esta es la tumba del vetusto Nino. ¿Dón-
[está mi amor?

LEÓN.—*(Rugiendo.)*

¡Oh!...

(TISBE *huye.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

DEMETRIO.—¡Bien rugido, León!

TESEO.—¡Bien huida, Tisbe!

HIPÓLITA.—¡Bien alumbrado, Luna! Verdaderamente, la luna ha brillado con mucha gracia. *(El* LEÓN *destroza el manto de* TISBE *y sale.)*

TESEO.—¡Bien roído, León!

DEMETRIO.—Y luego llega Píramo.

LISANDRO.—Y con esto, el León desaparece.

Vuelve a entrar PÍRAMO

PÍRAMO.

¡Dulce luna, gracias por tus rayos solares!
Gracias, luna, que brillas ahora con tanto ful-
[gor,
pues con tus graciosos, dorados y chispeantes
[torrentes
confío saborear la mirada de la muy fiel
Mas detengámonos, ¡oh desgracia! [Tisbe.
Pero observemos, ¡pobre doncel!
¡Qué horroroso espectáculo!
Ojos, ¿veis?
¿Cómo puede ser esto?
¡Anade encantadora! ¡Oh amada mía!
Tu delicado manto,
¡cómo!, ¡manchado de sangre!
¡Acercaos vosotras, infernales Furias!
¡Oh Hados, venid, venid;
cortad hilos y estambres;
agostad, aplastad, concluid y matad.

TESEO.—Este arrebato de pasión y la muerte de una querida amiga casi podrían poner triste a cualquiera.

HIPÓLITA.—Subleva mi corazón, pero compadezco a ese hombre.

PÍRAMO.

¡Oh! ¿Por qué forjaste al león, Naturaleza?
Pues que un león mancilló aquí a mi amada,
que es—¡no, no!—, que era la dama más
[hermosa
que amó, vivió, gustó y puso alegre rostro.
¡Venid, lágrimas, destruidme!
¡Sal, espada, y hiere
la tetilla de Píramo!
¡Sí, la tetilla izquierda,
bajo la cual late el corazón!
¡Así muero! ¡Así, así, así!

(Se hiere.)

Ya estoy muerto,
ya me evaporé;
mi alma está en el cielo.
¡Lengua, pierde tu fuego!
¡Luna, márchate luego!

(Sale CLARO DE LUNA.*)*

¡Ahora muero, muero, muero, muero
[muero!

(Muere.)

DEMETRIO.—¡La muerte se ha dado! Y como el dado puede ser un as...

LISANDRO.—As... no es; murióse; ya no es nada.

TESEO.—Con ayuda de un cirujano, podría aún quedar sano, y al transformarse resultar as-no.

HIPÓLITA.—¿Cómo es que el Claro de Luna se marcha antes que vuelva Tisbe y encuentre a su amante?

TESEO.—Ya lo hallará a la luz de las estrellas. Aquí viene, y su desolación dará fin a la obra.

Vuelve a entrar TISBE

HIPÓLITA.—Me parece que no será muy larga para semejante Píramo. Espero que acabará pronto.

DEMETRIO.—Una paja haría inclinar la balanza entre cuál es mejor, si Píramo o Tisbe. El, como hombre, ¡Dios nos ampare! Ella, como mujer, ¡Dios nos asista!

LISANDRO.—¡Ya le ha visto con sus dulcísimos ojos!

DEMETRIO.—Y ella se lamenta así, *videlicet.*

TISBE.

¿Duermes, amor mío?
¿Cómo, muerto, amor mío?
¡Oh Píramo, levántate!
¡Habla, habla! ¿Estás mudo?
¡Muerto, muerto! ¡Una tumba
debe cubrir tus lindos ojos!
¡Esos labios de lirio,
esa nariz de cereza,
esas mejillas de amarillenta retama
se han ido, se han ido!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡Gemid, amantes!
¡Sus ojos eran verdes como los puerros!...
¡Oh Parcas,
venid, venid a mí,
con manos pálidas como la leche!
¡Teñidlas de coágulos,
ya que habéis cortado
con vuestras tijeras su hilo sedoso!
¡Lengua, ni una palabra más!
¡Ven, fiel espada!
¡Ven, hoja, envaínate en mi pecho!

(Se hiere.)

¡Adiós, amigos!
así acaba Tisbe;
adiós, adiós, adiós!

(Muere.)

TESEO.—¡El Claro de Luna y el León se quedan para enterrar los muertos!

DEMETRIO.—Sí, y el Muro también.

LANZADERA.—Os aseguro que no. El muro que separaba la casa de sus padres fué derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, o preferís un baile bergomasquino, bailado por dos cómicos de nuestra compañía?

TESEO.—Epílogo, no, por favor; vuestra pieza no necesita excusa. Nada de excusas, pues cuando todos los cómicos están muertos, no hay a quién echar la culpa. A fe que si el autor hubiera representado a Píramo y se hubiese ahorcado con una liga de Tisbe, habría resultado una magnífica tragedia; y con todo, lo es verdaderamente, y muy bien desempeñada. Pero vamos, vengan esos bergomasquinos; dejad el epílogo a un lado.

DANZA

La lengua de hierro de la medianoche ha dado las doce.
Amantes, al lecho; es casi la hora de las hadas.
Temo que durmamos hasta muy entrada la mañana,
que esta noche ha sido larga nuestra vela.
Esta grotesca farsa ha acelerado
el paso perezoso de la noche. Queridos amigos, a dormir.
Dos semanas celebraremos nuestra solemnidad
con fiestas nocturnas y deleites nuevos.

(Salen.)

ESCENA II

Entra PUCK

PUCK.

Ahora ruge el león hambriento,
y el lobo ladra a la luna;
mientras ronca el cansado labrador,
abrumado bajo su ruda tarea.
Ahora crepitan los últimos tizones,
mientras el buho, chillando agudamente,
trae al desgraciado que yace en la congoja
la remembranza del sudario.
Esta es la hora de la noche
en que las tumbas abren del todo sus rugientes bocas
para vomitar cada uno su espectro,
que se desliza por el sendero del campo santo.
Y nosotros, los trasgos, que seguimos
las huellas del triple carro de Hécate,
para huir de la presencia del sol,
acompañando a las tinieblas como un sueño,
bromeamos ahora. Ni un ratón
perturbará esta casa consagrada.
Me han enviado delante, escoba en mano,
para barrer el polvo detrás de la puerta.

Entran OBERÓN *y* TITANIA *con sus séquitos*

OBERÓN.

Que brille la casa con luz indecisa
junto a la lumbre medio apagada.
Cada duende y espíritu encantado
salte tan ligero como ave sobre zarzal.
Y siguiéndome después,
canten y dancen jocosamente.

TITANIA.

Primero, repetid vuestro cántico de memoria,
acompañando cada palabra con melodioso trino.
Mano en mano, con gracia hechicera,
cantaremos y bendeciremos este sitio.

(Canción y danza.)

OBERÓN.

Ahora, hasta rayar el día,
que cada hada vague por este hogar a su capricho.
Nosotros iremos a nuestro más noble lecho nupcial,
el cual bendeciremos;

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

y la familia allí procreada
siempre será venturosa.
Así, las tres parejas aquí reunidas
se tendrán fidelidad de amor.
Y las manchas de manos de Naturaleza
no prenderán en su línea.
Ni granos, ni hocico de liebre, ni cicatrices,
ni ninguna señal monstruosa, de la que
hacen aborrecer el nacimiento,
se mostrarán en sus hijos.
Con este rocío campestre consagrada,
cada hada se ponga en movimiento
y bendiga las divinas habitaciones
de este palacio con dulce paz.
Reinará mansa quietud
y el dueño será bendito.
Idos lejos;
no os detengáis;
nos encontraremos al rayar el día.

(Salen OBERÓN, TITANIA *y el séquito.)*

PUCK.

Si nosotros, vanas sombras, os hemos ofendido
pensad sólo esto, y todo está arreglado:
que os habéis quedado aquí durmiendo
mientras han aparecido esas visiones.
Y esta débil y humilde ficción
no tendrá sino la inconsistencia de un sueño
amables espectadores, no nos reprendáis;
si nos concedéis vuestro perdón, nos enmendaremos
Y a fe de honrado Puck,
que, si hemos tenido la fortuna
de escaparnos ahora del silbido de la serpiente
procuraremos corregirnos lo antes posible.
De lo contrario, llamad a Puck embustero
Así, pues, buenas noches a todos.
Dadme vuestras manos, si es que somos amigos
y Robín os restituirá con resarcimiento.

(Sale.)



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández